



La creación del estereotipo de la España pintoresca a través de los viajeros románticos franceses

Carmen de Odriozola Collantes de Terán

TRABAJO DE FIN DE GRADO

GRADO EN TRADUCCIÓN E INTERPRETACIÓN

Directora: Rocío Martínez Ranedo

Curso académico: 2014/15

Fecha: 19/06/15

| | |
|--|-----------|
| INTRODUCCIÓN | 2 |
| Finalidad y motivos..... | 3 |
| Objetivos y preguntas..... | 5 |
| Metodología | 6 |
| MARCO TEÓRICO..... | 8 |
| ESTADO DE LA CUESTIÓN..... | 13 |
| ANÁLISIS Y DISCUSIÓN | 18 |
| 1. Contexto histórico | 18 |
| 1.1. Las relaciones de poder entre España y Francia | 18 |
| 1.2. La sociedad de España y Francia en la primera mitad del XIX..... | 21 |
| 2. Contexto literario..... | 24 |
| 2.1. De la Ilustración al romanticismo: la figura del viajero francés | 24 |
| 2.2. El orientalismo literario. Oriente en España y España en Oriente..... | 26 |
| 3. Imagen de España en Francia a través de la literatura de viajes..... | 28 |
| 3.1. España: destino de la literatura de viajes | 28 |
| 3.2. De la hispanofobia francesa al gusto por lo español..... | 29 |
| 3.3. Francia creadora del estereotipo de la España exótica..... | 30 |
| 3.4. Prosper Mérimée, Théophile Gautier y su relación con España | 32 |
| 3.5. La España de 1800-1850 en <i>Lettres d'Espagne</i> y <i>Voyage en Espagne</i> | 36 |
| CONCLUSIONES | 39 |
| BIBLIOGRAFÍA | 42 |

INTRODUCCIÓN

«En Espagne, un cigare donné et reçu établit des relations d'hospitalité, comme en Orient le partage du pain et du sel».

(Mérimée, 1847)

«No eran santos y piadosos todos los que pasaban los Pirineos para alcanzar la Jerusalén de España»

(Farinelli, 1897)

En los últimos años, el fomento de la imagen-país –pilar clave de la diplomacia pública– ha marcado la hoja de ruta de la política exterior del Gobierno de España. Tal y como afirmó Carlos Espinosa de los Monteros, Alto Comisionado del Gobierno para la Marca España, debido a la globalización y a las nuevas tecnologías, «la imagen que un país proyecta hacia el exterior y el modo en que el resto le percibe constituye hoy en día una cuestión ineludible y de capital importancia en el ámbito de las relaciones internacionales, tanto políticas como económicas» (Espinosa de los Monteros, 2012: 15).

Por este motivo se creó Marca España en 2012. La crisis económica, que comenzó en 2008, estaba debilitando la imagen de España, no solo a nivel interno, sino también a nivel exterior. Espinosa de los Monteros así lo argumentaba hace tres años:

La crisis económica, política y social de los últimos años ha supuesto un indudable deterioro de imagen y reputación internacional que es preciso corregir, puesto que se aleja de la realidad de nuestro país y está obstaculizando tanto nuestro potencial económico [...], como nuestra capacidad de influir en los acontecimientos internacionales. (Espinosa de los Monteros, 2012: 15)

De ello podemos deducir que el fomento de la imagen-país es la respuesta de un Estado que, tras un periodo de crisis, busca mejorar o restaurar su reputación a nivel internacional para obtener beneficios económicos y políticos.

A pesar de que la historia avanza y, con ella, sus actores y escenarios, paradójicamente encontramos una situación muy similar en la época que nos interesa: la primera mitad del siglo XIX. Durante el periodo 1800-1850, España se debatía entre las numerosas crisis internas que asolaban el país, y las crisis externas, fruto de la pérdida progresiva de su estatus como potencia hegemónica. Además, la imagen-país de España, a nivel europeo, se encontraba en sus mínimos, pues una corriente de repulsa procedente del norte de Europa profería,

desde finales del siglo XVI, todo tipo de difamaciones sobre su política, sociedad y costumbres¹.

En la primera mitad del XIX, España era África. O, dicho de otro modo, Oriente empezaba en España. Eso decían los románticos franceses que recorrieron nuestro país entre 1800 y 1850. Pero, ¿cómo se formó esa imagen? ¿Cómo llegaron a esa conclusión Francia y el resto de Europa? ¿Vieron realmente esa imagen los románticos franceses cuando visitaron nuestro país? ¿Fue una invención fortuita o portaba connotaciones políticas?

Finalidad y motivos

Dada la importancia de la imagen en estos tiempos, especialmente en materia de diplomacia pública, como ya hemos comentado anteriormente, este trabajo pretende analizar la imagen de España en Francia en la primera mitad del siglo XIX. Y, más concretamente, observaremos, a través de los ojos de los románticos franceses, la impresión que les causó nuestro país durante los viajes que realizaron entre 1800 y 1850. Esos autores son Prosper Mérimée y Théophile Gautier, y algunas de sus impresiones quedaron reflejadas en *Lettres d'Espagne* (1831-1833) y *Voyage en Espagne* (1845)². Antes de comenzar con el análisis, cabría preguntarse por qué hemos elegido estudiar la visión francesa, o quizás deberíamos decir la visión de los románticos franceses.

En primer lugar, Francia, al igual que Portugal, forma parte de la frontera natural de España. Esta vecindad ha obligado a ambos países a entablar relaciones diplomáticas desde el inicio de los tiempos; relaciones que no siempre han sido armoniosas. El hecho de haber compartido lazos ha dado lugar a una historia en común, lo que no solo ha incidido en la política o en la economía, también ha tenido un impacto importante en la cultura de ambos países. Durante siglos, España y Francia se han mirado en el espejo del vecino, y se han dejado influir por las corrientes que dominaban desde el ámbito de la política, pasando por el de la cultura, hasta llegar incluso al de la moda³. Con respecto a la influencia cultural, durante la época de preponderancia española, el Siglo de

¹ Esta corriente de repulsa a la que nos referimos se conoce como la «leyenda negra» antiespañola. Joseph Pérez considera que el acta de nacimiento de esta leyenda fue la *Apologie ou Défense du très illustre Prince Guillaume [...] contre le ban et édit publié par le roi d'Espagne*, redactado en 1581 en Leiden (Países Bajos) y rápidamente distribuido por toda Europa. Esta obra pretendía ensalzar la figura de Guillermo de Orange, líder de los rebeldes flamencos, mediante el ataque a Felipe II de España. Se trataba, por tanto, de un tipo de propaganda en contra de la presencia española en las Provincias Unidas, donde la lucha entre católicos y protestantes fue encarnizada. Esta lucha acabaría con los tratados de Westfalia en 1648, que pondrían fin a la Guerra de los Treinta Años (1618-1648) y supondría la independencia de las Provincias Unidas (conocidas posteriormente como Países Bajos) (Pérez, 2009: 68).

² A pesar de que tradicionalmente se han traducido los nombres de los autores al español (Próspero Mérimée y Teófilo Gautier), este trabajo utilizará sus nombres originales. Del mismo modo, tampoco traduciremos al español los títulos de las obras de cada autor.

³ Durante el reinado de Luis XIII de Francia (1610-1643), la moda francesa se inspiraba en la Corte de Madrid. Esto se debía al estatus de potencia hegemónica que ocupaba España en Europa (Pérez, 2009: 29).

Oro, se observa el florecimiento de hispanismos en francés. Ejemplo de ello son los préstamos incorporados a la lengua francesa, como «*bizarre, camarade* o *fanfaron*» (Pérez, 2009). Como bien dijo Joseph Pérez: «a comienzos del siglo XVII, Francia se encaprichó con lo español» (Pérez, 2009: 48). Es además en esta época cuando se traducen al francés las novelas de Cervantes. De esta manera se buscaba dar a conocer la literatura española en Francia. Posteriormente, Francia «tomaría el relevo de España como modelo cultural» (Pérez, 2009:50).

La primera mitad del siglo XIX marca un periodo complicado tanto para España como para Francia. Las grandes diferencias políticas y sociológicas entre ambos países darán lugar a unas relaciones de poder, en las que destacará la superioridad francesa. Asimismo, el interés por Oriente mostrado por Napoleón, fomentará el estudio del mundo oriental en Francia, que se convertirá en la «fábrica de los estereotipos»⁴ (González Alcantud, 2006c: 6). La creación de una imagen concreta de España, de un estereotipo, influirá en la mentalidad de los viajeros franceses por España –en nuestro caso, en Prosper Mérimée y Théophile Gautier–. Tres son las palabras que definen la España del XIX que se conocía en Francia: «fanática», «bárbara» y «sometida» (Pérez, 2009). «Fanática» hacía referencia a la figura de la Inquisición, causa del «obscurantismo» (Pérez, 2009) de España; «bárbara» se asociaba al carácter del pueblo español, en ocasiones justificado por sus «orígenes moros» y por formar parte de África (Pérez, 2009); y «sometida» debido a la vuelta de España al Antiguo Régimen con la figura de Fernando VII, que tanta represión ejerció contra los liberales e ilustrados españoles (Pérez, 2009).

La hipótesis que defiende este trabajo coincide con la de Ernest Martinenche (1869-1941). De acuerdo con su teoría, los románticos franceses no supieron entender nuestro país. Quisieron ver España de manera errónea o alterada, pues eso les permitía dejar volar su imaginación (Martinenche, 1922: 253). Podríamos pensar que pecaron de soñadores o de exceso de imaginación como consecuencia de las características, tan distintas a las europeas, que ofrecía España en la primera mitad del siglo XIX. Este análisis irá más allá. Buscamos ahondar en la influencia del orientalismo sobre los autores románticos franceses. Por ello, nos basaremos en la teoría del orientalismo de Edward W. Said⁵. Esta misma corriente, junto al Romanticismo, justificará la literatura de viajes y, por tanto, nuestro punto de partida: la visión de España de los viajeros románticos franceses en la primera mitad del siglo XIX.

⁴ La «fábrica de los estereotipos» es el nombre de una obra de José A. González Alcantud. Con esta expresión se refiere a la relevante labor de Francia como «generadora de exotismos y sobre todo como potencia cultural» durante el siglo XIX (González Alcantud, 2006c: 12). Este aspecto lo abordaremos más adelante en el contexto literario.

⁵ El orientalismo fue una corriente de pensamiento que apareció en el siglo XIX y que desembocó con la colonización a finales del mismo siglo. De hecho, Ningún autor duda de la inevitable relación entre el orientalismo y la colonización que emprendieron las principales potencias del continente europeo a finales del siglo XIX (López García, 1990).

Por otro lado, y al igual que la teoría de Martinenche, este análisis no busca demonizar la visión francesa de España, tema en el que se centraron autores como Julián Juderías, Juan Valera o Rafael Altamira⁶. En nuestra opinión, no hay que identificar a los románticos franceses con Francia, o con la política francesa del momento. Aunque las ideas que tenían sobre España se habían «creado» en Francia, los románticos franceses no pensaron en perjudicar a España cuando escribieron sus impresiones de los viajes por territorio español. Habría que distinguir entre Francia, como potencia, y los viajeros románticos, como sujetos individuales. En este sentido, Joseph Pérez afirmó que la política francesa y la del resto de las potencias europeas del momento pretendían evitar que España se sumase al progreso y a la modernización que estaba teniendo lugar en el continente. Pérez justificó ese desprecio por España debido a la pervivencia de la «leyenda negra antiespañola» que recorría Europa desde finales del siglo XVI. Dado que España ya no era la potencia hegemónica del continente, el odio que había suscitado en los últimos siglos se convirtió en simple desprecio (Pérez, 2009: 117). No obstante, los viajeros románticos no se guiaban por las cuestiones políticas. Los románticos franceses viajaron por España en busca de las raíces árabes del país, inspirados por el orientalismo y, más en concreto, por el exotismo y la pasión que este despertaba. Les movía la aventura, les inspiraba el «obscurantismo» español y, principalmente, descubrirían que España no solo era Granada o Sevilla; que no todas las mujeres españolas tenían rasgos árabes; y que, en raras ocasiones sufrirían una emboscada de los famosos bandoleros de Sierra Morena. Como bien explicó Martinenche, los románticos franceses amaban España profundamente. Por ello, este mismo autor perdonó la confusión de los viajeros; una confusión que, según afirmó en 1922, había dado lugar a las más bellas obras literarias⁷.

Objetivos y preguntas

En 1756, Voltaire escribió en su *Ensayo sobre las costumbres*:

Los españoles tuvieron una clara superioridad sobre los demás pueblos: su lengua se hablaba en París, en Viena, en Milán, en Turín; sus modas, sus formas de pensar y de escribir, subyugaron a las inteligencias italianas y desde Carlos V hasta el comienzo del reinado de Felipe III España tuvo una consideración de la que carecían los demás pueblos. (Pérez, 2009: 47)

Esta era la imagen de España durante su época de hegemonía en Europa⁸. En la primera mitad del siglo

⁶ Estas diferentes teorías son de gran importancia para nuestro análisis. Por ello se explicarán en profundidad en el apartado del estado de la cuestión.

⁷ Ejemplo de ello sería la obra *Carmen* de Prosper Mérimée, éxito incuestionable de la literatura universal y convertida incluso en ópera debido ese éxito.

⁸ Según Joseph Pérez, este periodo comprendería desde la llegada de la dinastía Habsburgo –representada en la figura de

XIX esa imagen de España apenas era visible. España ya no era la potencia hegemónica que influía al resto de Europa y, especialmente, a Francia. En este periodo histórico había pasado a ser considerada parte de África. Todo ello daría lugar a una serie de consecuencias que le afectarían a la hora de querer unirse al progreso que estaba teniendo lugar en Europa.

Debemos recordar que, en la segunda mitad del XIX, España cargará con el lastre de la represión que llevó a cabo Fernando VII contra los liberales. De este modo, mientras que en España volvía la Inquisición y del despotismo ilustrado, en el resto de las potencias europeas tenía lugar la secularización, el flujo de ideas liberales y la creación de instituciones sustentadas en dichas ideas. Por ello, a finales del XIX, aparecerá el regeneracionismo español, una corriente de pensamiento que pretendía examinar las razones de la decadencia del país con el fin de «limpiar» la imagen de España en Europa y poder incorporarse a los foros internacionales, de los que había sido excluida años atrás

En este contexto, el presente Trabajo de Fin de Grado tiene dos objetivos primordiales. En primer lugar, demostrar que la visión de los viajeros románticos franceses de la España exótica y pintoresca era una imagen errónea pero, que no conllevaba ningún sentimiento de odio contra el país. La intención de este trabajo es ofrecer ejemplos de esa imagen a través de los cuadernos de viaje de Prosper Mérimée y Théophile Gautier, recogidos en *Lettres d'Espagne* y *Voyage en Espagne*. Asimismo, apuntaremos la influencia que tuvo esa imagen alterada de España para la política europea del momento.

Esto nos lleva al segundo objetivo: entender la crítica que hicieron algunos autores regeneracionistas españoles, como Juan Valera, Rafael Altamira y Julián Juderías, de esa imagen de España que habían transmitido los cuadernos de viaje de los románticos franceses entre 1800 y 1850. Imbuidos por la corriente regeneracionista y el contexto histórico del momento, estos tres autores, con una extensa trayectoria en el ámbito de la política, estaban empeñados en limpiar la imagen de España, tanto a nivel nacional como internacional⁹.

Metodología

Este trabajo nace como consecuencia del interés por el estudio de la imagen de España en el marco de la diplomacia pública, tan importante para las relaciones internacionales del siglo XXI. Asimismo, al haber

Carlos I– a España, en 1516, hasta los tratados de Westfalia en 1648 (Pérez, 2009).

⁹ Para los regeneracionistas españoles el objetivo principal era conseguir que España saliese del pozo en el que se hallaba para poder ponerse a la altura del resto de potencias europeas. Pero, para ello, tenían que «educar» a los españoles en la historia de las glorias de España. Con ello pretendían crear un sentimiento de unidad, de nación, para poder constituirse en una potencia europea.

estudiado francés durante los cinco años de carrera, supimos, desde el principio, que queríamos centrarnos en la visión francesa de España. Solo nos quedaba elegir un periodo histórico. Fue en ese momento cuando comenzamos a leer acerca de los viajeros franceses que habían recorrido España durante la primera mitad del siglo XIX, y del testimonio, en primera persona, que habían dejado por escrito de esos viajes. El momento más relevante de este proceso fue descubrir que Prosper Mérimée había formado parte de ese grupo de viajeros franceses. Desde ese instante una idea no cesó de rondarnos por la cabeza: ¿qué había de cierto en el personaje de Carmen, la cigarrera gitana de Prosper Mérimée? ¿Le había servido España como inspiración?

A pesar de que nuestra idea inicial era estudiar el personaje de Carmen de Mérimée, decidimos centrarnos más en el contexto, es decir, en las razones que impulsaron a los viajeros franceses a venir a España. A partir de ahí, comenzamos a investigar sobre el contexto histórico y sociológico de España y Francia, para entender las diferencias que separaban a los viajeros románticos del pueblo español con el que se cruzarían a su paso por nuestro país. Para ello accedimos a fuentes bibliográficas especializadas en la historia de España y Francia en el siglo XIX. Algunos autores a los que nos remitimos fueron Joseph Pérez, Ghislaine Cotentin-Rey o Marc Ferro.

Pero, más allá de las circunstancias históricas o sociológicas del momento, debía existir una atracción específica por España, pues sabíamos que no solo habían viajado por España los románticos franceses, sino también autores ingleses, estadounidenses e, incluso, otros procedentes de las colonias españolas en América. De este modo llegamos al orientalismo y, más específicamente, al orientalismo literario que convirtió a España en el punto de mira por sus raíces árabes. La bibliografía a este respecto era realmente extensa, por lo que acudimos, en primer lugar, al *Orientalismo* de Edward W. Said y, posteriormente, a autores especializados en el orientalismo en España, como José Antonio González Alcantud.

A medida que leíamos, pudimos observar dos corrientes completamente opuestas con respecto a la imagen de España que ofrecían los románticos franceses en sus relatos de viaje. Por un lado, encontramos la tendencia de ciertos hispanistas franceses a disculpar los errores que hubiesen podido cometer los viajeros franceses en cuanto a la exactitud de sus narraciones sobre la realidad española del momento. Entre ellos, analizamos las teorías de Ernest Martinenche, Alfred Morel-Fatio y Jean Frédéric Schaub, así como los matices específicos que aportó cada uno con respecto al tema. Como contraposición a la visión de los hispanistas franceses encontramos a personajes célebres de la historia y la literatura española, como Juan Valera, Rafael Altamira o Julián Juderías. Sus obras ofrecían una dura crítica contra los viajeros románticos franceses y la idea inventada de la España pintoresca y exótica.

Una vez estructurado el trabajo, nos faltaba ofrecer un ejemplo de esa visión francesa de España. Sabíamos

que Prosper Mérimée tenía que ser al menos uno de los autores que íbamos a estudiar. Por ello, estudiamos su cuaderno de viaje sobre España, que quedó recogido bajo el nombre de *Lettres d'Espagne*. El segundo autor que llamó nuestra atención fue Théophile Gautier, ya que, a pesar de que compartía ciertos aspectos comunes con Mérimée, pertenecía a un ámbito profesional distinto: el periodismo. Por este motivo, el relato de su viaje por España, llamado *Voyage en Espagne*, puede parecer una crónica periodística. Con los dos autores seleccionados y sus obras analizadas, comenzamos a redactar este Trabajo de Fin de Grado.

MARCO TEÓRICO

El siglo XIX se conoce como la «época de constitución de los exotismos» (González Alcantud, 1993). No es de extrañar, pues, que el orientalismo sentase sus bases en este periodo histórico. No obstante, antes de analizar el orientalismo del siglo XIX, debemos definir el concepto de «Oriente».

«El Oriente es una noción imaginaria llena de ambigüedad que se traslada de lugar conforme Occidente se desplaza a nuevas geografías» (González Alcantud, 2006b: 7). Este aspecto es de gran importancia, puesto que para los griegos, «Oriente» era únicamente Asia y, más en concreto, la India¹⁰. Para la Francia del XIX, por el contrario, «Oriente» sería el mundo árabe. Por su parte, Napoleón, gran impulsor del estudio de Oriente, lo identificaría con el territorio que se extendía desde Egipto hasta Persia; territorio que pretendía conquistar en su expedición a Egipto¹¹. Por ello, definir «Oriente», incluso a día de hoy es harto complicado, pues según Jean Ferreux: «el Oriente del imaginario colectivo [...] corresponde a una zona que va desde las Columnas de Hércules al archipiélago japonés»¹² (Ferreux, 2006: 365).

El concepto de «Oriente» se remonta a los orígenes del pensamiento occidental, a la Grecia clásica, «y a su idealización de la alteridad»¹³ (González Alcantud, 2006b). Esa idealización del otro constituye la base del exotismo. Según Tzvetan Todorov (1989), el exotismo es un relativismo, al igual que el nacionalismo, pero simétricamente opuesto. De este modo, mientras que una persona nacionalista considera que su propio país es el que cuenta con los mejores valores, aquel que defiende el exotismo afirma implícitamente que los valores del

¹⁰ Los griegos sentían una enorme atracción por la India, a la que identificaban como el «Oriente fabuloso» (Wittkower, 1991 en González Alcantud, 2006b).

¹¹ Este proceso de expansión comenzó en marzo de 1798. Junto al interés científico y académico por estudiar Oriente, Napoleón buscaba perjudicar el comercio de Inglaterra con la India. Para ello, debía alcanzar Persia, punto estratégico tanto para los ingleses como para los franceses (Leclant, 2004).

¹² La aceptación de Andalucía como parte de «Oriente» ha quedado marcada desde el siglo XIX. J.A. González Alcantud considera que Andalucía es «un territorio imaginario de disputa entre Oriente y Occidente», pues confluyen en ella una serie de factores que permiten englobarla en ambas esferas (González Alcantud, 2006a: 369).

¹³ De hecho, la primera obra en la que aparecen rasgos del orientalismo es en la *Iliada* y la *Odisea* de Homero (Todorov, 1989).

otro son mejores que los propios. Se observa, por tanto, una clara distinción entre el «nosotros» y el «ellos».

Puesto que la idea de «Oriente» procedía de Occidente, fue evolucionando a medida que avanzaba el interés europeo por lo oriental. En un principio, «Oriente» despertaba temor. Así, durante la Edad Media se comenzó a asociar a «Oriente» un sinfín de «monstruosidades» (González Alcantud, 2006b). Los orientales eran salvajes, alejados de la civilización, y representados como una suerte de criaturas mitológicas (Wittkower, 1991 en González Alcantud, 2006b). A ello hay que añadir el aspecto religioso. La «cultura matricial cristiana de Europa» (González Alcantud, 2006b), temerosa de que sus fieles se descarriaran, se encargó de presentar a esas criaturas salvajes y «fantasmagóricas» (González Alcantud, 2006) como una amenaza.

Si en la Edad Media todo lo oriental generaba miedo y rechazo, la llegada del siglo XVIII, época de la Ilustración y de la razón, constituyó el «clímax» (González Alcantud, 2006b) del interés por lo oriental. «Oriente» causaba fascinación por el exotismo que desprendía. Es en esta época cuando comenzó a asociarse «Oriente» con el mundo musulmán, el islam y, más concretamente, con la Turquía otomana (González Alcantud, 2006b). Esto se debía al contacto mantenido con los turcos otomanos desde el siglo XVI que, en un principio, habían supuesto una amenaza para el continente europeo. No obstante, en el siglo XVIII, se habla de una Turquía exótica y fascinante, especialmente a través de los diplomáticos europeos instalados en la corte turca¹⁴. En esta misma línea, cabe destacar la aparición de la traducción de *Las Mil y Una Noches*, razón por la cual mencionar «Oriente» en la Europa del momento traía a la mente la imagen de harenes y eunucos¹⁵ (González Alcantud, 2006). Esta imagen idealizada se vio fomentada desde finales del siglo XVIII y llegaría a su apogeo en el Romanticismo, a finales del siglo XVIII. Los románticos, descontentos con la realidad que vivían –una realidad en la que primaba la racionalidad (González Alcantud, 2006)– buscaban evadirse de la misma y para ello crearon escenarios inspirados en los lugares más exóticos y desconocidos del planeta. Esta corriente romántica, inspirada por lo oriental, daría lugar a la literatura de viajes, una «literatura exótica que apela al mundo de la ficción y al espíritu de aventura» (Yee, 2000 en Weisz, 2007).

Asimismo, es necesario destacar, durante este apogeo de lo oriental y exótico y de la idealización del otro, la aparición del mito del buen salvaje de Jean-Jacques Rousseau. A pesar de que Rousseau no fue el primero en hablar del buen salvaje, y de que, en palabras de Todorov, su teoría era «demasiado simplista» (Todorov, 1989: 419), criticó duramente al hombre que vivía en sociedad y defendió el regreso al estado de naturaleza, donde el buen salvaje era feliz y estaba apartado de la sociedad burguesa, contaminada por el exceso de moralidad y de

¹⁴ Un ejemplo de ello lo encontramos en las *Cartas desde la embajada turca* de lady Mary Montagu, esposa de Edward Wortley, embajador inglés en Constantinopla a principios del siglo XVIII (Lucena Giraldo & Pimentel, 2006).

¹⁵ Antoine Galland tradujo *Las Mil y Una Noches* entre 1704 y 1717.

sentido práctico¹⁶ (Serrano, 1993). De esta manera, Rousseau rechazaba la razón y cantaba las alabanzas del hombre primitivo, el salvaje, entendido como el «oriental» en aquella época.

Durante el siglo XIX, el concepto de «Oriente» daría lugar a un «fenómeno cultural y cognitivo» (González Alcantud, 2006) conocido como «orientalismo». Podemos decir que el orientalismo es una corriente ideológica que bien puede aplicarse al plano político, económico, cultural o sociológico, entre otros. Construido por «la Europa moderna, a caballo entre la Ilustración y el Romanticismo» (García Jurado, 2014: 11), a raíz del contacto con el Imperio Otomano (Domínguez Prats, 2006), este movimiento tuvo un importante impacto durante el siglo XIX y desembocaría en el proceso de colonización de las potencias europeas, iniciado en la Conferencia de Berlín de 1885.

En 1978, Edward W. Said publicó una obra titulada *Orientalismo*¹⁷. A través de la misma, buscaba reflejar las relaciones entre Occidente y Oriente a lo largo de la historia basándose en la superioridad que había ejercido y que, en su opinión, seguía ejerciendo Occidente.

Edward W. Said ofrece una amplia variedad de definiciones con respecto al término orientalismo. Si nos aproximamos al orientalismo desde el plano geográfico, nos referiríamos al «modo de relacionarse con Oriente basado en el lugar especial que este ocupa en la experiencia de Europa occidental» (Said, 2002: 19). Con «lugar especial» para la «experiencia de Europa occidental» Said se refería, por un lado, a que Oriente era la cuna de la civilización europea y de las lenguas del continente europeo, y, por otro, a la importancia de Oriente como zona de establecimiento de las colonias europeas. Esto no solo permitió la migración de la población de las metrópolis a las colonias, también supuso un nuevo mercado para dar salida a los excedentes de las potencias europeas. En esta misma línea, Bernabé López García establece que el orientalismo se cimentó en Europa a finales del siglo XVIII debido a «su utilidad reconocida para la política exterior y el comercio» (López García, 1990: 14).

En relación con lo anterior, según Edward W. Said, si atendemos al plano cultural o ideológico, el orientalismo «expresa y representa» a Oriente como una «parte integrante de la civilización y de la cultura material europea» (Said, 2002: 20). El orientalismo sería, por tanto, un tipo de discurso que «se apoya en unas

¹⁶ Desde el siglo XVI, a raíz de los viajes a tierras lejanas, hasta el siglo XVIII –época en la que Rousseau empleó el término «buen salvaje»– varios autores franceses, como el barón de Lahontan o Diderot, habían escrito sobre el «buen salvaje» (Todorov, 1989).

¹⁷ En la edición de 2002, Juan Goytisolo redactó la introducción de *Orientalismo* de Edward W. Said. En esa introducción, Goytisolo resaltaba la polémica que había surgido en torno a la obra, especialmente en el ámbito académico, debido a las duras críticas que Edward W. Said profería contra Occidente.

instituciones, un vocabulario, unas enseñanzas, unas imágenes, unas doctrinas e incluso unas burocracias y estilos coloniales» (Said, 2002: 20). Ese tipo de discurso es el que ha alejado y diferenciado a Occidente de Oriente, pues Occidente se ha preocupado de representar a Oriente como su contrario. En palabras de Edward W. Said: «Oriente ha servido para que Europa (u Occidente) se defina en contraposición a su imagen, su idea, su personalidad y su experiencia» (Said, 2002: 20).

Con respecto al plano académico, el orientalismo es la labor que ejerce el orientalista, es decir, «alguien que enseñe, escriba o investigue sobre Oriente» (Said, 2002: 20). También en este ámbito, a partir de una definición más general de orientalismo, hablaríamos de «un estilo de pensamiento que se basa en la distinción ontológica y epistemológica que se establece entre Oriente y –la mayor parte de las veces– Occidente» (Said, 2002: 21). Esta aceptación de orientalismo ha supuesto la elaboración de teorías e informes a partir de los cuales se identificado los aspectos políticos, sociales, culturales o religiosos que diferencian Oriente de Occidente.

Por último, encontramos la definición más crítica del orientalismo¹⁸. Edward W. Said combinó la perspectiva académica y la ideológica o «imaginativa» para afirmar que el orientalismo, desde finales del siglo XVIII, era «una institución colectiva que se relaciona con Oriente, relación que consiste en hacer declaraciones sobre él, adoptar posturas con respecto a él, describirlo, enseñarlo, colonizarlo y decidir sobre él» (Said, 2002: 21). Dicho de otro modo, «el orientalismo es un estilo occidental que pretende dominar, reestructurar y tener autoridad sobre Oriente» (Said, 2002: 21). Said argumentó que el término orientalismo conlleva, de por sí, una carga autoritaria. Por ello, todo aquel que habla de orientalismo, aunque lo desconozca, está reafirmando la superioridad de Occidente sobre Oriente, o como dijo Edward W. Said: «Oriente no fue (y no es) un tema sobre el que se tenga libertad de pensamiento o acción», puesto que siempre aparece implicada una «red de intereses» (Said, 2002: 22). Si aplicamos esta afirmación a nuestro análisis, en línea con nuestra hipótesis y, por tanto, con la de Ernest Martinenche, los viajeros románticos franceses, como Théophile Gautier o Prosper Mérimée, no se dieron cuenta de que sus impresiones, narradas en los diarios de viaje sobre España, contribuirían a marcar una profunda brecha entre los países europeos y España. Sin ser conscientes de ello, pero al haber bebido de las fuentes del orientalismo europeo del XIX, estaban identificando España con Oriente. España era el «otro» y, por tanto, se encontraba en una situación de subordinación, pues Occidente (o Europa), según lo explicado por Edward W. Said, era superior.

El orientalismo se refiere también a la «relación [muy particular] que mantuvieron Francia y Gran Bretaña con Oriente» (Said, 2002: 23). Antes del siglo XIX, el contacto con Oriente «se había limitado a la India y a las

¹⁸ Esta será la acepción de orientalismo que utilizaremos a lo largo de este trabajo, dado que sigue la misma línea que nuestra hipótesis.

tierras bíblicas» (Said, 2002). No obstante, la llegada de Napoleón al poder, y su proyecto de expansión por Egipto, convirtió a Francia en la potencia más interesada en el orientalismo. De este interés resultaron «los primeros Congresos y Sociedades de sabios en la materia»¹⁹ (González Alcantud, 1993: 111).

El siglo XIX no solo fue el siglo de la construcción de los exotismos, también fue el siglo de los viajes. Decía Wolfzettel que «para el viajero romántico, viajar era una experiencia mística, un encuentro con los espectros del pasado –a nivel personal así como en un sentido cultural–»²⁰ (Wolfzettel, 2005: 16). La relación entre el orientalismo y la literatura de viajes es clara. «Conforme el afán viajero y aventurero ganaba simpatías, la atracción oriental también lo hacía, hasta generar una auténtica obsesión oriental» (González Alcantud, 2002: 108).

Pierre Jourda (1938), por ejemplo, se refiere a los viajes como la búsqueda de «horizontes inaccesibles, más extensos y pintorescos», «la llamada de lo desconocido, del misterio» para «evadirse de la realidad banal y prosaica» (Jourda, 1938: 9). Esta búsqueda del exotismo animaba a los viajeros a recorrer tierras lejanas. Durante estos trayectos, los viajeros románticos dejaron por escrito sus impresiones. Esto daría lugar a la literatura de viajes.

Esta literatura, que en el siglo XVIII ya «había tomado conciencia de sí misma como modalidad de escritura específica y diferenciada de otras» (Freire, 2012: 69), refleja un carácter distinto en el siglo XIX. En palabras de Ana María Freire:

Si en el primero –siglo XVIII– se buscaba la objetividad en lo relatado, en el XIX, y más a medida que el siglo avanza, observamos que el relato se tiñe de personalidad, de la subjetividad del viajero individual. (Freire, 2012: 69)

Por tanto, volviendo a nuestra hipótesis, de nuevo podemos afirmar que ni Prosper Mérimée, ni Théophile Gautier pretendían, con sus diarios de viaje, perjudicar a España. Como bien afirma Ana María Freire, sus relatos son el resultado de la visión subjetiva de la realidad, no de una narración objetiva. Por ello, *Lettres d'Espagne* y *Voyage en Espagne* no deben entenderse como imágenes exactas del contexto social o político de

¹⁹ Por eso Francia se convirtió en la potencia que más estudió y reflexionó sobre el orientalismo a lo largo del siglo XIX.

²⁰ Asimismo, les parecía que viajar era «encontrar la solución de un misterio, tropezar con una «aparición» caracterizada por la intensidad de un momento significativo. Los románticos y hasta los viajeros de la generación simbolista tienen en común esta obsesión por los misterios y enigmas» (Wolfzettel, 2005: 16).

España, sino como la visión que interpretaron los autores en función de sus conocimientos adquiridos en Francia y el contacto directo con España entre 1800 y 1850.

ESTADO DE LA CUESTIÓN

Aunque la presencia de viajeros franceses en España se remonta al siglo XVII (Schaub, 2004), es durante la primera mitad del siglo XIX, y más concretamente entre 1820 y 1850, cuando España se convierte en el destino exótico para los viajeros románticos franceses, quienes atraviesan los Pirineos impulsados por las ideas románticas y la promesa oriental y pintoresca del paisaje español (Serrano Mañes, 2005). Lo cierto es que España ofrecía una serie de características que la diferenciaban del resto de países europeos. Su posición geográfica le proporcionaba un clima más cálido que el del resto de las naciones del norte de Europa. Por otro lado, era un país tremendamente católico, en el que la figura de la Inquisición aparecía como una institución despiadada que mantenía sometida al pueblo. Sin embargo, lo que más interesaba a los viajeros que partían hacia España era su pasado árabe, por lo que admirarían no solo los vestigios arquitectónicos o los platos que probaban, sino también discernirían sobre el origen moro de los españoles.

La cuestión de la imagen de España a través de los relatos de viajes, en la primera mitad del siglo XIX, es un tema muy estudiado²¹. De hecho, encontramos las primeras bibliografías sobre esta cuestión a finales del propio siglo XIX. Y no es de extrañar, pues, por esas fechas, en España aparecía el regeneracionismo, un movimiento intelectual, surgido de la preocupación por España en la última década del siglo XIX (Chacón Delgado, 2013), y que pretendía, entre otras cosas, europeizar a los españoles, es decir, crear una conciencia europea en España; educar a los españoles para alcanzar el nivel del resto de las potencias de Europa. En Francia, por su parte, comenzaba a gestarse un «hispanismo profesional» (Aymes, 2003) en el ámbito académico. De este modo, el estudio de la historia de España, en el ámbito francés, daba un giro y pasaba de examinar el pasado español desde una lente galocéntrica, cargada de estereotipos, a «captar de manera global la civilización española» (Aymes, 2003: 13). En esta nueva forma de «mirar» a España, los historiadores franceses introducían un «factor de mediación en la relación cultural entre los dos países, favorable al desarrollo de representaciones de lo hispánico menos estereotipadas y más exactas» (Aymes, 2003: 13). Hemos seleccionado a una serie de hispanistas franceses –todos ellos nacidos entre finales del XIX y mediados del XX– en los que se distingue claramente esa nueva tendencia en el estudio histórico de España. Mientras que algunos autores franceses de los siglos XVIII o principios del XIX escribieron sobre España partiendo de ideas preconcebidas en Europa, los hispanistas Alfred Morel-Fatio, Ernest Martinenche y, más recientemente, Jean Frédéric Schaub

²¹ El número de autores que han escrito sobre la imagen de España a través de los viajeros franceses es realmente extenso, por lo que este trabajo tan solo se ha centrado en un número limitado de ellos. Hemos querido elegir a autores que defiendan la misma postura, pero que cada uno nos aporte un matiz distinto en el estudio de la cuestión.

presentan una visión más completa e imparcial de la realidad española del momento²².

Los románticos franceses que recorrieron España entre 1800 y 1850 dejaron por escrito sus impresiones sobre el territorio español, sus gentes y costumbres. Y aquí surge la polémica, ya que la visión que aparece en estas obras es la de una España más próxima a África que a Europa: un país de bárbaros y salvajes, y de costumbres y tradiciones primitivas. Esa visión, recogida en los cuadernos de viaje de los románticos franceses que viajaron por España, se publicó en Francia y en Europa, lo que dio lugar a la creación de una imagen peyorativa de la España de la primera mitad del XIX. Es interesante observar la reacción de España a este respecto. Según algunos autores españoles de finales del XIX, la consecuencia de esa imagen errónea de España circulando por Europa fue la exclusión de España de los foros europeos, pues no se la consideraba una potencia al nivel de las demás. Todos ellos llegaron a la conclusión de que los viajeros, que habían recorrido el territorio español durante la «fiebre romántica» y orientalista, habían sido los causantes de la creación de una imagen alterada de la realidad española. Como contraposición a estos autores españoles, si atendemos a las teorías de los hispanistas franceses, la percepción cambia por completo²³. En opinión de estos últimos, los viajeros franceses habían llegado a España influidos por las novelas caballerescas, los romances moriscos y la novela picaresca del siglo XVI (Hoffmann, 1961), así como por el pasado morisco de España²⁴. Lo cierto es que admiraban España y simplemente dejaron volar su imaginación, sin pensar que contribuirían a crear una imagen errónea de España; una imagen que posteriormente, influiría en su exclusión del concierto europeo y, por tanto, del progreso y las reformas que se estaban llevando a cabo en Europa. Por ello, nos gustaría examinar a un reducido grupo de expertos en este tema. Hablaremos de la visión española, en primer lugar, y, a continuación,

²² Entre los autores franceses que escribieron sobre España en el siglo XVIII, destaca Masson de Morvilliers, quien, en 1783, arremetió duramente contra España en la *Enciclopedia metódica*: «Tal vez sea la nación más ignorante de Europa. ¡Las artes, las ciencias, el comercio se han apagado en ella!» «¿Qué se debe a España? Y desde hace dos siglos, desde hace cuatro, desde hace diez, ¿qué ha hecho por Europa?» (Pérez, 2009: 121). A principios del siglo XIX, François Guizot, otro historiador francés, expuso su tesis en *Histoire de la civilization en Europe depuis la chute de l'empire romain jusqu'à la revolution française* (1828-29). Según dicha tesis, España era un país atrasado con respecto a Europa, puesto que no había experimentado la evolución que trajo consigo la Reforma. Así, «por dondequiera que la Reforma ha penetrado, por dondequiera que ha desempeñado un gran papel, victorioso o vencida, ha dado como resultado general, predominante, constante, un inmenso progreso en la actividad y la libertad del pensamiento, hacia la emancipación del espíritu humano» (Guizot, 1828-29: 342). España, por el contrario, había permanecido dentro de la Iglesia católica. Con su tesis, Guizot afirmaba el discurso que circulaba por Europa: «Las naciones protestantes eran, al parecer, superiores a las naciones católicas; la Reforma superaba a la Iglesia de Roma» (Pérez, 2009: 123).

²³ La figura del hispanista francés procede del *hispanisant* de la época del reinado de Luis Felipe de Francia. Eran «personas ilustradas, periodistas, escritores, literatos, liberales la mayoría» que contribuyeron a la «aportación a los estudios hispánicos» (Aymes, 2003: 95). Además, «influidos por el romanticismo» quisieron «comprender y explicar» el «genio» del pueblo español a través de las obras literarias españolas (Aymes, 2003).

²⁴ De todas las novelas picarescas que llegaron a Francia, *El Lazarillo de Tormes* fue la obra más apreciada. De hecho, en Francia se llegó a pensar que *El Lazarillo* representaba fielmente las características de la población española del siglo XVI (Morel-Fatio, 1925).

de la francesa.

Por un lado encontramos a Juan Valera, quien, a raíz de sus estancias en misiones diplomáticas fuera de España, recogió por escrito las impresiones que de ella se tenían²⁵. En primer lugar destacaba el arquetipo de la supuesta africanidad de España: «el apotegma de que África empieza en los Pirineos corre muy válido por toda Europa. Increíble parece la ignorancia común de cuánto fuimos y de cuánto somos» (Valera, 1868: 306). Del mismo modo, atribuía a los viajeros y sus impresiones sobre España la mayor parte del daño causado a nuestro país:

La mayor parte de los viajeros que se proponen escribir y escriben sus impresiones sobre España, viene ya con el intento preconcebido de poner mucho color local en dichas impresiones, de que todo en ellas sean insólito y por muy diversa manera que en su país, y de que la obra vaya salpimentada de chistes o exornada de mil inesperadas y maravillosas peripecias. (Valera, 1868: 310-11)

No obstante, Valera llegó a afirmar que no todos los viajeros habían querido crear una mala imagen de España. Aunque, en su opinión, la mayoría de los románticos franceses que habían escrito sobre España habían buscado «medios de regocijar o entretener al público a nuestra costa» (Valera, 1868: 311), hubo otros que admiraron nuestro país y supieron entender la realidad española. Según Valera, algunos viajeros franceses habían sido imparciales, como Alexandre de Laborde²⁶. Por último, Juan Valera nos ofrece una afirmación que explica la necesidad de la regeneración de España, de la «limpieza» de imagen en Europa: «en el concepto que lo españoles formamos hoy de nosotros mismos, influye el concepto en que los extranjeros nos tienen» (Valera, 1868: 324).

Rafael Altamira, por su parte, se centró en la hispanofobia que recorría Europa y que había dado lugar al retraso y exclusión de España en el continente²⁷. Este autor negaba:

La afirmación de quienes, apoyándose en hechos como la [...] pragmática de Felipe II (1559); la

²⁵ Juan Valera y Alcalá-Galiano (1824-1904) fue un escritor, político y miembro del cuerpo diplomático español (desde 1847 a 1896). Sirvió como agregado diplomático en Nápoles, Lisboa, Brasil, Dresde, San Petersburgo, Washington, Bruselas y Viena (Azaña, 1971).

²⁶ Viajó por España en calidad de diplomático entre 1800 y 1805. Su interés por la arqueología quedó plasmado en *Voyage pittoresque et historique de l'Espagne*, una obra extensa y cuidada sobre los monumentos arqueológicos de España (BNE).

²⁷ Rafael Altamira (1866-1951) fue un historiador y humanista que, a lo largo de su vida, mostró un marcado interés por la reforma del sistema educativo español y por Hispanoamérica, por donde realizó un extenso viaje en 1909 que tuvo gran repercusión para España (Fusi, 1997).

persecución de que, [...] en pleno siglo XIX, eran objeto en nuestras aduanas muchos libros «sospechosos», y el mismo grito de guerra que algunos patriotas daban contra los ejércitos de Napoleón, califican, sin más ni más, a nuestro pueblo, de insociable y cerrado a toda influencia extraña, de donde provienen su rápida decadencia y su atraso presente. (Altamira, 1898: 95)

Aquellos que habían viajado por España habían transmitido una imagen errónea que, como expresó Altamira, había sumido a España en la decadencia. Por otro lado, quizás lo que más caracteriza a Altamira es el énfasis que dio a la psicología, a la necesidad de crear una conciencia española. Quería que los españoles se aceptasen, quisiesen a su país y creasen un sentimiento de «unidad como Estado» (Altamira, 1898). Fiel representante de la corriente regeneracionista de 1898, mediante esa conciencia de unidad mostraba su preocupación por España y su interés por conseguir que el país se equiparase al resto de las potencias europeas. De hecho, Altamira sacó un aspecto positivo de las declaraciones hechas sobre España en el extranjero. Si los autores franceses, ingleses o alemanes habían visto a España como un pueblo pobre y bárbaro, Altamira extraía el concepto de España como un pueblo. Así, afirmó lo siguiente:

Los extranjeros [...] hace siglos que nos vienen juzgando en conjunto, y viendo en nosotros, un carácter común, un solo pueblo» y que «si se leen los viajeros, los geógrafos, los políticos de otras naciones que han publicado viajes, descripciones y juicios sobre España, se notará en todos ellos esa percepción clara de la unidad española. (Altamira, 1898: 83).

Julián Juderías reflexionó profundamente sobre la implicación de la «leyenda negra antiespañola» en la creación de una imagen falsa de España en el exterior²⁸. El odio del resto de las potencias europeas por el recuerdo de las épocas de gloria de España había dado lugar a esa imagen infame que estaba contribuyendo a la decadencia española. Juderías introdujo un nuevo matiz en el estudio de la imagen de España a través de los relatos de viaje de los románticos. Dejando a un lado el odio de los extranjeros hacia España –del que tanto habían hablado Valera y Altamira–, Julián Juderías reconoció en los viajeros románticos la fuente de inspiración que suponía España para la redacción de sus obras. Según él: «no fue ciertamente una España verdadera la que salió retratada en las obras de los románticos, pero a ella volvían los ojos los de fuera en busca de inspiración»

²⁸ Julián Juderías (1877-1918) fue un periodista, escritor y traductor al que se le atribuye la acuñación de la expresión «leyenda negra antiespañola» en 1917, a pesar de que sus contemporáneos, entre ellos Juan Valera y Rafael Altamira, ya habían hablado de la mala imagen de la que gozaba España en el extranjero.

(Juderías, 1917: 192).

Por otro lado podemos observar la visión de ciertos hispanistas franceses. A la tesis de Ernest Martinenche, explicada anteriormente, sumaremos las de Alfred Morel-Fatio y Jean Frédéric Schaub.

Alfred Morel-Fatio (1850-1924), con su obra *Études sur l'Espagne*, pretendía ofrecer, tras un estudio exhaustivo, «por fin una visión imparcial», de la historia de España. Según su tesis, los románticos franceses se sintieron naturalmente atraídos por una España imaginaria más «caballescica, monacal, inquisitorial, gótica, oscura y exuberante» (Morel-Fatio, 1925); una España que, según Morel-Fatio, no había existido en todos sus siglos de historia. Asimismo, afirmó que la mayor parte de los románticos franceses que viajaron por España, no conocían la literatura española, «ni la antigua ni la moderna» (Morel-Fatio, 1925). Lo único que estos viajeros sabían o habían aprendido de España eran ciertas «leyendas, nombres, costumbres» (Morel-Fatio, 1925) y estereotipos, que habían obtenido de traducciones más o menos fieles. Asimismo, muchas de sus impresiones procedían de los recuerdos de la Guerra de Independencia española que algunos soldados franceses habían publicado a su vuelta a Francia. Entre esos recuerdos destacaban las referencias al gobierno del Antiguo Régimen, a las prácticas de la Inquisición, la lucha encarnizada de los españoles y unas costumbres locales basadas en la pasión y la superstición (Morel-Fatio, 1925). Todos estos aspectos fomentaron la imaginación de los viajeros románticos, quienes se encargaron de caricaturizar a los españoles a través de sus relatos, aunque nunca pretendieron dañar la imagen de España. Morel-Fatio, además, consideró que Prosper Mérimée era el máximo representante del «españolismo» en Francia. Del mismo modo que durante el siglo XVI lo había sido Brantôme, Corneille en el XVII, o Le Sage en el XVIII, para Morel-Fatio, Mérimée ocupaba ese puesto en el siglo XIX, pues «nadie había puesto tanta ilusión y, sobre todo, tanta sinceridad en sus obras españolas» (Morel-Fatio, 1925: 82). Se puede observar, por tanto, que Alfred Morel-Fatio ni tan siquiera imaginaba que los relatos de los románticos franceses hubiesen podido dañar la imagen de la España de la primera mitad del XIX. No obstante, aseguró que Francia, como nación, había juzgado mal a España a lo largo de los siglos. Unas veces lo había hecho por ignorancia, pero otras de forma intencionada. Concluía asegurando que «odiar a los españoles, como lo habían hecho en los siglos XVI y XVII, o despreciarlos, como en el XVIII» era el peor medio para comprender a España (Morel Fatio, 1925: 105) y que era necesario que Francia reconociese los aspectos positivos o las contribuciones que había hecho España a la historia universal²⁹.

²⁹ Alfred Morel-Fatio elabora toda una lista de logros llevados a cabo por los españoles; todo un discurso patriótico de España elaborado por un hispanista francés: «*En effet, la nation qui a barré la route aux Arabes; sauvé la chrétienté à Lépante; trouvé un monde nouveau, où elle implante notre civilisation; formé et dressé cette belle infanterie, que nous n'avons réussi à vaincre qu'avec son ordonnance et ses armes; créé, en art, une peinture du plus puissant réalisme; en théologie, un mysticisme divin qui a su ravir l'âme à des hauteurs si prodigieuses; en littérature, ce grand roman social, le Don Quichotte, dont la portée philosophique égale, si elle ne le dépasse, le charme de l'invention et du style; la nation qui a*

Por último, Jean Frédéric Schaub defiende que si de algo se puede acusar a los viajeros románticos franceses, entre ellos Prosper Mérimée y Théophile Gautier, es de contribuir a «difundir en la Francia del siglo XIX las imágenes folclóricas y misteriosas» de España (Schaub, 2004: 35). No obstante, cometieron numerosas «torpezas» a la hora de reflejar la realidad española, por lo que se ganaron las críticas de autores españoles como Valera, Altamira y Juderías. Sin embargo, a diferencia de Morel-Fatio que resaltaba la falta de conocimiento de los viajeros franceses sobre España, su cultura y sus tradiciones, Schaub afirma que «las imágenes más caricaturescas o tópicas», que aparecen en los cuadernos de viajes, «suelen ir acompañadas de un profundo conocimiento de la cultura española» (Schaub, 2004: 36). Esto se debía, a su parecer, al gran interés que mostraba Francia por lo español, es decir por la hispanomanía u «omnipresencia de lo español» en Francia (Aymes, 2003: 12)³⁰. Por último, señala Schaub que quizás toda esta idea de culpar a los viajeros románticos franceses por transmitir una España de clichés es, en sí, un «cliché» (Schaub, 2004). Si lo extrapolamos a nuestro estudio, podríamos afirmar que, según algunos hispanistas franceses, no se debería acusar a Prosper Mérimée o Théophile Gautier de haber incurrido de forma intencionada en inexactitudes o errores a lo largo de sus relatos. A pesar de que la imagen de la realidad española que narraron estaba alterada, el interés sincero que estos autores sentían por España era indudable.

ANÁLISIS Y DISCUSIÓN

1. Contexto histórico

Como ya hemos comentado anteriormente, el espacio temporal que pretendemos analizar es la primera mitad del siglo XIX, es decir entre 1800 y 1850. Por un lado, analizaremos las relaciones de poder entre España y Francia durante ese periodo histórico y, por otro, estudiaremos las características de sus sociedades. Tanto el contexto histórico-político como el contexto sociológico del momento influirán en la mentalidad de Prosper Mérimée y de Théophile Gautier y sus impresiones quedarán recogidas por escrito en *Lettres d'Espagne* (1831-1833) y en *Voyage en Espagne* (1839) respectivamente.

1.1. Las relaciones de poder entre España y Francia

Entre 1800 y 1850, las relaciones entre España y Francia pasarán por tres etapas claves para la creación de una imagen o estereotipo de España en Francia: la primera etapa se caracterizará por una relación de

donné à ce prince nouveau, inconnu des Anciens, au noble sentiment de l'honneur, son expression la plus fine et la plus fière, cette nation mérite à coup sûr qu'on la tienne en quelque estime et qu'on tente de l'étudier sérieusement, sans enthousiasme ni ais, comme sans prévention injuste» (Morel-Fatio, 1925:106).

³⁰ Según Jean Frédéric Schaub, debido a esa hispanomanía en la Francia de la primera mitad del XIX, todo francés que se preciase «colocaba el país vecino, su historia y su futuro» en el centro de sus reflexiones (Schaub, 2004).

subordinación (Aymes, 2003) de España a Francia, en la segunda, España se rebelará contra Francia en la Guerra de Independencia y, en la tercera, España iniciará un camino en solitario, encerrándose en sí misma y distanciándose de Europa.

Antes de comenzar es necesario señalar el estatus internacional de ambos países en la primera mitad del XIX. Por una parte se encontraba Francia, potencia hegemónica en Europa (Pérez, 2009: 117) desde la paz de los Pirineos (1659) y enemiga acérrima de Inglaterra, primera potencia marítima, con quien se disputaba la hegemonía europea. En segundo lugar se encontraba España, que progresivamente había caído en desgracia desde el fin de la Guerra de los Treinta Años. El siglo XIX será un periodo crítico para esa decadencia, que llegará a sus mínimos a finales del XIX con la pérdida de los últimos territorios coloniales.

En las últimas décadas del siglo XVIII, los lazos entre ambas potencias eran cuando menos tensos, debido a la amenaza que suponía para España la influencia de las ideas liberales de la Revolución Francesa de 1789³¹. Toda esa tensión acumulada alcanzó su punto álgido cuando el rey Luis XVI de Francia fue guillotinado, lo que causó gran conmoción en España. Esto provocó el fin de los Pactos de Familia entre ambos países (Pérez, 1999).

No obstante, en 1796, con la firma del tratado de San Ildefonso, España pasó a ser el Estado auxiliar de Francia³². Así, sin darse cuenta, se convirtió en el escenario perfecto para la disputa entre Francia e Inglaterra³³. El siglo XIX comienza, por tanto, con una España subordinada a la Francia de Napoleón. Como consecuencia de ese vasallaje, España experimentará una de las tragedias navales que más dolor causaron en el país: la derrota de la Armada española en Trafalgar (1805) frente a la marina inglesa. Esta derrota también tuvo un efecto directo sobre la comunicación con las colonias americanas (Pérez, 1999) que comenzarían a independizarse

³¹ España quiso impedir el contagio de las ideas liberales de Francia. Para ello, puso en marcha una serie de medidas. Por un lado, cerró las fronteras con Francia para evitar que las publicaciones francesas entrasen en el país. Asimismo, los ciudadanos franceses residentes en territorio español se convirtieron en el punto de mira de España. Una de las medidas utilizadas para controlar la posible influencia francesa fue la elaboración de un censo de extranjeros en España. Del mismo modo, se prohibió estudiar en el extranjero sin permiso del rey. A ello se añadió la vuelta de la Inquisición, que se puso a disposición de la monarquía española como órgano de control de la posible propagación de ideas liberales (Donézar Díez de Ulzurrun, 2008).

³² En su lucha por la hegemonía de Europa contra Inglaterra, Francia valoró tener a España como su Estado auxiliar, puesto que era la tercera potencia marítima del momento (Pérez, 1999).

³³ Napoleón comenzó un bloqueo continental contra Inglaterra en 1806 para evitar que las mercancías inglesas entrasen en territorio europeo. Ante esta situación, Inglaterra optó por presionar a los países neutrales. Así, todo navío neutro, procedente del continente o que se dirigiese hacia Francia, debía pasar por Inglaterra y pagar un derecho de aduana. Napoleón consideró que toda mercancía procedente de Inglaterra sería considerada británica y no entraría en Europa. Buscaba así la ruina económica de su enemigo. Sin embargo, España y, sobre todo, los países del Mediterráneo, así como América Latina, parecían escapar del bloqueo de Napoleón (Ferro, 2001).

entre 1810 y 1825³⁴. Esto supondría un duro golpe para España, pues se tradujo en una pérdida de poder a nivel europeo, por lo que España fue excluida del concierto europeo. Además, la Santa Alianza le negó su ayuda para recuperar la autoridad en las colonias americanas. Inglaterra tenía especial interés en que las relaciones entre España y sus colonias se cortasen de raíz para poder potenciar su expansión comercial y marítima. Por consiguiente, España se convirtió en una potencia de segundo orden (Pérez, 1999). Atrás quedaban los años de gloria y del gran imperio donde no se ponía el sol. Esto no hizo sino fomentar la visión de España como un país atrasado a nivel europeo.

Uno de los textos que mejor representan la visión francesa de la España de principios del XIX es la proclamación de Bayona. En ella, Napoleón se presentaba como «el regenerador» de España, el libertador de una nación atrasada y sometida al absolutismo y a la Inquisición. Creyó que España abrazaría los ideales de libertad, igualdad y fraternidad; la llegada de un rey francés –su hermano José Bonaparte– y, sobre todo, que podría controlar España y Portugal, efectuando, de esa manera, un duro revés a Inglaterra. No obstante erró al no imaginar que el pueblo español respondería a la entrada de las tropas francesas.

El 2 de mayo de 1808 se produce el levantamiento del pueblo español contra los invasores franceses. De este modo comienza la segunda etapa en las relaciones de poder entre Francia y España: la Guerra de Independencia española. El patriotismo y la fiereza de los españoles, que se enfrentaron a la *Grande Armée* de Napoleón organizados en guerrillas, fueron capaces de mermar la moral de las tropas francesas mediante emboscadas. Estas guerrillas, apoyadas por militares británicos, dieron un giro a la guerra, que acabaría con la derrota francesa en 1813³⁵. La admiración por el pueblo español fue significativa, aunque, al mismo tiempo, sorprendió el deseo de los españoles por el regreso de Fernando VII, un Borbón absolutista, así como la vuelta de la Inquisición. Ambas características serán clave en la formación de la imagen-país de España en Francia, que se consolida durante este enfrentamiento bélico (Aymes, 2003). Esto se produjo, especialmente, por el retorno de los soldados franceses a su patria, que abandonaron España con la memoria de unos «guerrilleros implacables» (Juderías, 1917: 315), lo que reanudó «la leyenda de la crueldad» de los españoles (Juderías, 1917: 315).

³⁴ La derrota de la Armada española en Trafalgar tuvo consecuencias desastrosas en la comunicación con América (Pérez, 1999). Esto, junto a la independencia de las trece colonias americanas y la Revolución Francesa, ambas a finales del siglo XVIII, habían alumbrado la llama de la secesión en las colonias españolas. El punto de inflexión fue la abdicación de Fernando VII, guiado por Napoleón, ya que España se debilitó y no pudo controlar el sentimiento independentista en las colonias (Pérez, 1999).

³⁵ La *Grande Armée* de Napoleón, que había luchado en Austerlitz y Jena, contaba con la presencia de militares de primer nivel, como Soult, Ney o Masséna (Pérez, 1999).

Con el fin de la guerra, en 1813, se inicia la tercera etapa, en la que España se alejó del progreso europeo y volvió al Antiguo Régimen. Quizás esta época fue la que mayor impacto causó en Francia, debido a la brecha abismal que separaba a ambos países. Por un lado, Francia, convertida en una República, con instituciones liberales, derechos y libertades, un importante estatus a nivel europeo y una economía cada vez más boyante. Por otro, España, que, con Fernando VII, había vuelto a la monarquía absolutista, a la antigua usanza. Este, nada más volver, se encargó de abolir la Constitución elaborada por las Cortes de Cádiz en 1812 y de iniciar una represión contra afrancesados y liberales. Aunque hubo una serie de pronunciamientos en contra del monarca, la represión se hizo más dura a partir de 1823, inicio de la década ominosa: una época especialmente oscura y represiva en la historia de España. A todo ello se añadía una situación financiera crítica, pues España había contraído deudas con Francia e Inglaterra y ya no contaba con las arcas americanas para sufragar las deudas. Además, el país comenzó a tener que hacer frente a conflictos dinásticos, ya que, ante la falta de descendencia de Fernando VII, se creó un círculo de apoyo en torno a su hermano Carlos. El conflicto se agravó cuando Fernando VII murió, en 1832, puesto que su hija no alcanzaba la mayoría de edad para acceder al trono. Por ello, su madre ocupó la regencia hasta 1843, año en que Isabel II fue proclamada reina de España. Este periodo llega a su fin marcado por la inestabilidad política y las desigualdades económicas en España. A nivel europeo España era, por tanto, un país arruinado y sumido en conflictos.

1.2. La sociedad de España y Francia en la primera mitad del XIX

Para comprender los acontecimientos históricos y los movimientos literarios que surgirían en el siglo XIX, es necesario hacer referencia a la sociedad española y francesa del momento.

1.2.1. Aspectos sociológicos de la España de la época

Con respecto a la sociedad española de la primera mitad del siglo XIX, llama la atención la escasez demográfica y la desigualdad de la distribución de la población. Según Moreau de Jonnés, en función del censo de 1803, el contraste entre las provincias era significativo, ya que algunas estaban prácticamente desiertas, como en Rusia, mientras que otras estaban tan pobladas como las regiones con más habitantes del norte de Italia. No obstante, en la primera mitad del siglo XIX, y más específicamente, entre 1821 y 1826, España experimentó un crecimiento demográfico sin precedentes. Este autor justificaba este crecimiento demográfico por el comienzo del proceso de emancipación de las colonias americanas, que frenó la emigración a América. Una emigración que, «desde hacía tres siglos y medio, robaba incesantemente a su metrópolis la parte viril y activa de la población» (Moreau de Jonnés, 1834: 35).

Asimismo, la sociedad española de la primera mitad del XIX, era mayoritariamente rural. Todavía en este periodo histórico, la aristocracia y el clero eran las clases dominantes en una sociedad rígida que, desde el siglo

XVI, carecía de una burguesía comercial y de la burguesía judía, tradicionalmente promotoras de la riqueza (Témime, Broder & Chastagnaret, 1982). A ello se añadía la falta de fuerza de la burguesía para encabezar un movimiento que reestructurase el sistema existente (Pérez, 1999). Esto fue consecuencia del poco alcance que tuvo la Ilustración en España.

En España la Ilustración no caló en la población de la misma manera que en Europa. Esto se debió, principalmente, al poder de la Iglesia. Esta estaba tan arraigada en la población, que tan solo una minoría europeizada pudo acceder al racionalismo procedente de Francia. Así, mientras que el racionalismo se extendía por el continente europeo, España rechazaba las transformaciones políticas, religiosas y filosóficas, y emprendía, por sí sola, un camino independiente del resto de Europa (Artola Gallego, 1989). Este será uno de los aspectos más interesantes en la creación de la imagen-país de España en Francia, que desde una perspectiva liberal veía a España como un país oprimido por la religión, por el fanatismo que representaba la institución de la Inquisición y por el reinado de un monarca absolutista.

Sin embargo, por otro lado, España era una sociedad libre en la que no había servidumbre que abolir, y las clases populares no mostraban interés por las ideas liberales procedentes de Francia; ideas que sí aparecían en el círculo de la élite ilustrada. La aristocracia española apenas percibió los efectos de este tumultuoso periodo, ya que una parte considerable de la nobleza prefirió mantenerse apartada de los acontecimientos políticos. Como contraposición, el clero fue el gran perjudicado, pues participó activamente en los levantamientos populares de la época y fue perdiendo privilegios y tierras con las desamortizaciones efectuadas durante el reinado de Fernando VII.

1.2.2. Aspectos sociológicos de la Francia de la época

Francia, cuya histórica monarquía había desaparecido a finales del siglo XVIII, fue uno de los países europeos que padeció más cambios de todo el continente a lo largo del siglo XIX. Durante este siglo, Francia vivió dos imperios, tres reinados y dos repúblicas. Aunque, por otro lado, fue el siglo de la industrialización y de un desarrollo económico considerable.

La generación de jóvenes nacidos en el nuevo siglo estaba llamada a la vida y a la paz, no como la anterior, que había vivido la sangre de la Revolución, el Terror y las guerras napoleónicas. Las letras vivieron su mayor apogeo y se antepusieron a la guerra y la política (Ferro, 2001). Tal es así que algunos hombres de Estado del momento destacaron como historiadores y autores de renombre escribiendo sobre la política francesa del

momento³⁶. Comenzaba así el romanticismo; un movimiento literario que cantaba las alabanzas de la revolución y del individuo. El romanticismo se extendería así por Europa, al tiempo que la revolución industrial hacía lo propio en el terreno económico. Otro aspecto interesante fue la distinción, por primera vez, entre aquellos que apoyaban la revolución (izquierda) y los que estaban en contra (derecha) (Ferro, 2001).

Asimismo, el siglo XIX trajo consigo el apogeo de la burguesía. Su historia estuvo ligada al poder político, por lo que, en la primera mitad del siglo XIX, obtuvieron una serie de recompensas por haber apoyado al régimen adecuado en cada etapa. Por ejemplo, desde 1799, el sector bancario parisino había apoyado a Napoleón I, contribuyendo así al éxito y a la reorganización financiera del país, lo que le garantizaría una situación de poder e influencia. Años después, esta burguesía sería promotora de la Restauración, apoyaría la caída de Carlos X en 1830 y juraría fidelidad a la monarquía constitucional de Luis Felipe, quien fundaría una verdadera monarquía burguesa. Todo ello le aseguraría, a largo plazo, no solo poder económico, sino poder político.

No obstante, mientras que la burguesía gozaba de los beneficios económicos y políticos, el resto de la nación padecía. De este modo, los revolucionarios se indignaron contra el sistema, al tiempo que los artistas románticos lo despreciaron y criticaron en sus obras. Esta reacción de la juventud, privada de los sueños de gloria de la era napoleónica, y a la que únicamente se le ofrecía un ideal –el del valor material– daría lugar al «mal del siglo». Este «mal del siglo» quedaría fielmente reflejado en el movimiento romántico, propio de la época, que recorrió Europa y, que, más adelante explicaremos en el contexto de la literatura de viajes.

La industrialización supuso prosperidad para Francia. Esta época daría comienzo a la expansión del ferrocarril, y, muy especialmente, este periodo histórico vería la construcción del Canal de Suez, un hito para la ingeniería francesa con sus consiguientes ingresos para el país. Las lujosas *soirées* del momento reflejaban la riqueza del país, que llegó a su máximo esplendor con la exposición universal de 1867. Por otro lado, cabe señalar que la industrialización no fue homogénea en todo el país. La urbanización se centró especialmente en París, símbolo del esplendor francés del momento. De este modo, las ciudades de provincias apenas experimentaron cambios y, con bastante retraso, recibían noticias de los acontecimientos que sucedían en la capital (Cotentin-Rey, 1991). Esto no hizo sino acentuar las diferencias entre pobres y ricos.

No obstante, el progreso iniciado en el siglo XIX no solo fue económico. En materia de derechos humanos,

³⁶ Uno de esos historiadores fue Adolphe Thiers (1797-1877) que llegó a ser ministro de Asuntos Exteriores de Francia. Con respecto a los autores de renombre, destaca Víctor Hugo, uno de los grandes literatos franceses que, durante el Romanticismo, escribió sus duras críticas contra el Gobierno de Francia.

la Segunda República convirtió las ideas en hechos. Así, la pena de muerte en materia de delitos políticos fue abolida, al igual que la esclavitud en los territorios coloniales. Del mismo modo, se instauró el sufragio universal³⁷. Todo ello preconizaba la orientación de la política hacia un enfoque más humanitario y social (Cotentin-Rey, 1991).

Las grandes diferencias sociales, fruto de la industrialización, supusieron la aparición de la conciencia de clase. Así, el proletariado –los obreros de las fábricas, principalmente–, comenzó a tener voz y a expresar su descontento a través de manifestaciones. Toda esta corriente quedó plasmada en la publicación del *Manifiesto Comunista* de Karl Marx y Friedrich Engels en 1848. En este mismo año, la clase obrera en Francia superaba el millón de personas (Cotentin-Rey, 1991). Además, la fuerza de la clase obrera daría lugar a los movimientos sociales que se fortalecerían en el siglo XX: comunismo, marxismo y, especialmente, el socialismo.

2. Contexto literario

Con «contexto literario» nos referimos a las corrientes literarias que, de algún modo, influyeron a los viajeros románticos que recorrieron España entre 1800 y 1850. Por ello, hablaremos de la transición desde la Ilustración al romanticismo y el orientalismo literario que situó a España geográfica e ideológicamente en Oriente, o como dirían los románticos franceses, en África.

2.1. De la Ilustración al romanticismo: la figura del viajero francés

La Ilustración, que apareció en el siglo XVIII, llegó a su fin al tiempo que comenzaba a desarrollarse el romanticismo. Aunque surgieron en espacios geográficos distintos –la primera se gestó en Francia, mientras que el segundo nació en Alemania– ambas corrientes se extendieron por las naciones europeas, en mayor o en menor medida. Es necesario detenerse en este punto, puesto que, en la época de la Ilustración, las diferencias entre Francia y España fueron tremendamente amplias. Francia, que había sido la cuna de este movimiento intelectual, experimentó durante todo el siglo XVIII una evolución de gran magnitud en el plano académico y científico. En España, en cambio, el arraigo de la Iglesia católica y el control férreo ejercido por la Inquisición impidió que dicha influencia entrase en el territorio³⁸.

Si la Ilustración colocaba la razón en el centro de la reflexión del ser humano, el romanticismo hizo lo propio con los sentimientos, ya que se oponía al racionalismo y al clasicismo del siglo XVIII. Tales diferencias

³⁷ A pesar de que durante la primera mitad del siglo XIX, muchas voces pidieron la abolición de la pena de muerte –entre ellas, Víctor Hugo–, esto no ocurriría hasta 1981.

³⁸ Para la Iglesia y, por consiguiente, para la Inquisición, los avances científicos que estaban teniendo lugar en Europa suponían una amenaza para la sociedad tradicional y devota española. Mucha de esa amenaza procedía de la Reforma que se había extendido por el continente.

provocaron un inevitable conflicto entre ambas corrientes. El romántico «se rebelaba contra toda regla, norma o coacción; corría desmelenado por el aire de la poesía, de la política, de las ciencias y valores tradicionales, con una apasionada necesidad de comprensión intuitiva de la realidad de las cosas» (Lavalette, 1957: 248). Si se comparaba con el racionalismo de la Ilustración, el romanticismo tenía una forma completamente distinta de ver la realidad de las cosas. Así lo decía Friedrich Schlegel, iniciador de las ideas románticas en Alemania:

La verdadera filosofía, en ningún sitio puede consistir en algo fijo, en algo que reposa y no cambia; al contrario, la más alta realidad se halla solo en un eterno nacimiento, en una actividad viva y movida, que, bajo formas constantemente renovadas, engendra por sí misma una inmensa plenitud y una infinita variedad. (Lavalette, 1957: 249)

España, durante la Ilustración, sufrió numerosos ataques, por parte de los filósofos franceses, que pusieron en duda «lo poco que quedaba del prestigio español» (Hoffmann, 1961). Así, transmitieron la imagen de una España «refractaria a las Luces», sumida en la superstición y la crueldad. Debido a esos filósofos, y más en particular a Voltaire, la sociedad francesa consideraba al pueblo más allá de los Pirineos como un país gobernado por la Inquisición. España se convirtió para Francia en una nación «venida a menos, atrapada en las tinieblas de la Edad Media, y fanatizada por un clero poderoso», donde los autos de fe eran el espectáculo favorito y donde la superstición daba lugar a las manifestaciones más crueles (Hoffmann, 1961: 5).

A finales del XVIII y principios del siglo XIX, el romanticismo y el auge del orientalismo darían lugar al fenómeno de los viajes literarios. A esto se añadía la vuelta al gusto por la Edad Media, debido al intento de los románticos de crear escenarios imaginarios desde los que evadirse de la realidad. Dado que España era el único país de Europa en el que el islam había permanecido durante ocho siglos, «era muy rica en contenidos, por lo que no es extraño que fuera llamado el país romántico por excelencia» (Domínguez Prats, 2006: 885).

Para finalizar este apartado, nos gustaría analizar brevemente la figura del viajero romántico francés. Este, en la mayoría de los casos, si no en todos, procedía del campo de las Humanidades: o bien se trataba de un escritor, de un periodista, de un historiador o bien de un experto en arte o en arquitectura³⁹. Al estar influido por la corriente orientalista, ansiaba encontrar esos lugares exóticos donde el progreso no hubiese contaminado el estado natural de las sociedades. Esto le llevaba a cantar las alabanzas del «otro», de esas regiones «orientales» tan distintas de Francia, donde solo encontraba normas estrictas. Este rechazo fue duramente criticado por los

³⁹ Algunos de ellos fueron Alexandre de Laborde, Victor Hugo, Alexandre Dumas (padre), Charles Davillier o Eugène Delacroix .

historiadores franceses del momento que, al igual que Valera o Altamira lo harían en España décadas más tarde, buscaban crear un sentimiento de patria y nación en Francia. Por ello, los viajeros románticos franceses no gozaban de buena estima en el ámbito de la política francesa. Jules Michelet, por ejemplo, escribió en *Le Peuple* duras críticas contra los románticos franceses, ya que solo elogiaban a los «otros» y arremetían contra Francia, su propia nación⁴⁰. De hecho, Michelet señaló la necesidad de sancionar a estos románticos franceses (Todorov, 1989: 319). Por lo tanto, podemos ver que los viajeros franceses de la primera mitad del siglo XIX fueron el centro de todas las críticas, tanto en España como en Francia. Los españoles les acusaron de haber transmitido una imagen falsa de la realidad española del momento; una imagen que les había perjudicado y que les había obligado a quedar apartados de Europa. Francia, por su parte, les acusó de encontrar lo extraordinario fuera de las fronteras francesas, algo que no podía permitir la nación cultural por excelencia, el faro de Occidente, «el pontífice del siglo de las Luces» (Michelet, 1846: 275).

2.2. El orientalismo literario. Oriente en España y España en Oriente

Como ya hemos comentado anteriormente, el siglo XIX fue la era del orientalismo. La literatura oriental se convirtió en «lo que la literatura griega fue para los sabios del siglo XVI»⁴¹ (Cornu, 2006: 57). Esta literatura orientalista u orientalismo literario encontró en el romanticismo su mejor aliado. De hecho, la unión entre el orientalismo literario y el romanticismo tuvo lugar en Alemania (Cornu, 2006), desde donde se exportó al resto de Europa y, muy especialmente, a Francia.

El orientalismo se había asentado en Europa, ya que había generado una admiración general por «las ruinas del pasado glorioso árabe» (Morales Lezcano, 2006), y por una civilización lejana y desconocida, en contraposición a un Occidente «en vías de industrialización imparable desde hacia medio siglo» (Morales Lezcano, 2006: 222). Los autores románticos europeos veían que la revolución industrial que estaba teniendo lugar en el continente, si bien hacía que las economías de la zona progresasen en gran manera, también les hacía distanciarse de las civilizaciones primitivas y de la naturaleza. A la hora de redactar sus obras, no encontraban inspiración en sus países, donde el humo y el sonido de las fábricas alteraban el paisaje. Por ello, partieron hacia lo que cada uno consideró «Oriente». Con ello nos referimos a que, en el siglo XIX, la escuela del orientalismo literario siguió dos caminos distintos y completamente separados: por un lado se encontraba la escuela romántica alemana que, desde una base científica, prefirió «lo puramente oriental a lo islámico andaluz» (Seco de Lucena, 1963). Por otro lado destacaban los románticos franceses, ingleses y españoles, quienes sintieron «predilección por el islam occidental y, en particular, por el islam andaluz del siglo XV» (Seco de Lucena,

⁴⁰«*Dans ces romans français, quel est l'homme ridicule? Le Français, toujours le Français. L'Anglais est l'homme admirable, la Providence invisible mais présente, qui sauve tout*» (Michelet, 1846: 225).

⁴¹ Esta afirmación corresponde al barón de Ekseim y quedó recogida en el periódico francés *Le Catholique* en 1827.

1963: 29), que había sido narrado en el *Romancero Morisco* español. El problema fue que, al no haber utilizado fuentes orientalistas científicas –como hizo la escuela alemana–, los franceses, los ingleses e, incluso, los españoles se guiaron por las historias moriscas del Romancero y construyeron una imagen deformada de la historia de España, dado que el Romancero «recreaba un ambiente andaluz del siglo XV de refinada delicadeza y arrebatadora seducción, pero [...] muy lejos de la realidad histórica» (Seco de Lucena, 1963: 29).

Como podemos ver, la escuela orientalista francesa entendió España como «Oriente» debido a su pasado árabe. Además, desde la perspectiva del norte de Europa, «de los países desarrollados del norte de Europa» (Wolfzettel, 2005), España era «una especie de paraíso», una «fuente de juventud», un «reino de lo primitivo (en el sentido positivo de la palabra)» (Wolfzettel, 2005). Cuando se habla del paraíso se hace referencia, principalmente, a la posición geográfica de España y su situación con respecto a Europa. Si antes hablábamos de que los viajeros románticos no encontraban la inspiración en sus países por el cielo gris, característico del norte de Europa, y por el humo de las fábricas, España se abre a sus ojos como un paraíso donde el cielo no puede ser más azul y apenas hay industrias que «dañen» la visión de la naturaleza o la vida tradicional española. Será en esa España que ven tan original, natural y primitiva, en la que encuentren toda la inspiración para sus obras. De esta manera veían los viajeros románticos a España.

Asimismo, «en algunos ambientes literarios de Francia había en el siglo XIX una clara ansia por lo exótico, que llegó a hacerse obsesiva» (Cantera Ortiz de Urbina, 1998). Los escritores franceses, ansiando encontrar la inspiración que Francia les negaba, vinieron a España en busca de lo pintoresco, del color local y de las «sensaciones fuertes» (Cantera Ortiz de Urbina, 1998) de las que habían leído y oído hablar en las reuniones académicas. En este sentido, Prosper Mérimée criticó las influencias culturales que se producían entre las potencias europeas, puesto que les hacía perder los aspectos característicos que tenía cada cultura. De hecho, llegó a decir: «De aquí a cierto tiempo todos los países se parecerán tanto que ya no merecerá la pena viajar» (Mérimée, 1988: 171). Con respecto al color local, en *Lettres à une inconnue* (1873), Prosper Mérimée explicaba su significado para los románticos:

Vers l'an de grâce 1827, j'étais romantique. Nous disions aux classiques: «Point de salut sans couleur locale». Nous entendions par couleur locale ce qu'au XVII^e siècle on appelait les mœurs; mais nous étions très fiers de notre mot, et nous pensions avoir imaginé le mot et la chose. (Mérimée, 1872: 21)

Como bien explica Léon-François Hoffmann, durante la primera mitad del siglo XIX, la imagen de España en Francia era «contradictoria». Por una parte, Francia sentía desprecio por España, una nación, a sus ojos,

venida a menos y estancada económicamente. Sin embargo, por otro lado, España desprendía el misticismo de un «pasado heroico y de una vida cotidiana pintoresca» (Hoffmann, 1961: 64).

3. Imagen de España en Francia a través de la literatura de viajes

En este apartado analizaremos la evolución de la imagen de España en Francia a través de los viajeros franceses. Ofreceremos, asimismo, una serie de ejemplos de esa imagen a través de *Lettres d'Espagne* de Prosper Mérimée y *Voyage en Espagne* de Théophile Gautier.

3.1. España: destino de la literatura de viajes

Si entre mediados y finales del siglo XVIII el *Grand Tour*⁴² suponía el viaje en pos del conocimiento, el viaje del siglo XIX se transformó conforme a los parámetros románticos. Esto supuso que el viajero se inspirase en la búsqueda de sentimientos y experiencias, convirtiendo, de este modo, sus relatos, en narraciones subjetivas de la realidad (Soto Roland, 2005).

España, convertida en la meca orientalista de Europa comenzó a recibir oleadas de viajeros románticos en la primera mitad del siglo XIX. Pero, no solo fueron franceses los románticos que recorrieron España entre 1800 y 1850. También los ingleses, americanos, alemanes, e, incluso, viajeros procedentes de la América española se sintieron atraídos por nuestro país. Esto supuso la aparición de numerosas obras, en diferentes idiomas que contribuyeron a situar España en el foco de atención. Cuatro aspectos fundamentales de España interesaban a estos viajeros: «su lejanía de Europa y su proximidad al continente africano; [...] su espíritu inquisitorial; su decadencia política y económica [...]; y su insolidaridad regional» (Campos Plaza & Campos Martín, 2001: 200). Junto a estos cuatro aspectos también existía un cierto interés por los «diferentes rasgos culturales» (Marías, 1963 en Campos Plaza & Campos Martín, 2001), como la presencia del arabismo y del africanismo, supuestamente presentes en el territorio español.

Un dato relevante es que estos viajeros románticos no recibieron el mismo trato por parte de los españoles. Mientras que los ingleses gozaron de buena estima, los franceses, por su parte, fueron rechazados y criticados duramente por la sociedad española, debido a la Guerra de Independencia, que aun quedaba reciente en la memoria de España (Cantera Ortiz de Urbina, 1993).

Dentro del interés que provocó España en el imaginario orientalista, Andalucía desempeñó un papel muy

⁴² Nombre que recibió el conjunto de viajes que, con frecuencia, realizaban los hijos de las familias aristocráticas inglesas por Europa, con fines educativos. Este Grand Tour alcanzó su máximo apogeo en 1770 (Soto Roland, 2005).

importante. De hecho, fueron pocos los viajeros románticos que supieron distinguir entre Andalucía y Castilla. Además, los pocos que lo hicieron adornaron lugares de Castilla con el esplendor del pasado árabe de Andalucía. Un ejemplo de ello lo encontramos en Gautier, quien precisamente recibió críticas por el exceso de imaginación en sus narraciones. Por todo ello, se ha dicho que el exotismo de España comenzaba en Despeñaperros, donde el recorrido romántico incluía las visitas a Sevilla, Córdoba y Granada –donde «su Alhambra era la meca» (Serrano, 1993: 30), quedando en un segundo plano el resto de ciudades (Serrano Mañes, 2005). Tal era la fascinación que provocaban Sevilla y Córdoba al viajero romántico que, como diría Mérimée en sus *Lettres d'Espagne*: «Depuis que j'ai vu Séville et Cordoue, je me sens tenté de me faire turc». Entre esas guías que llevaron al viajero romántico a los lugares más exóticos de España cabe destacar *Cuentos de la Alhambra*⁴³ (1832) del americano Washington Irving, *The Bible in Spain*⁴⁴ (1843) del inglés George Borrow, y *A Handbook for Travellers in Spain* (1845) de Richard Ford, entre muchas otras. A través de todas ellas se creó la imagen literaria de España, cargada de tópicos y estereotipos; la España difamada de la que hablaron los regeneracionistas, pero, al mismo tiempo, la España que permitió a los franceses crear obras sublimes (Martinenche, 1922), como *Carmen*, de Prosper Mérimée.

3.2. De la hispanofobia francesa al gusto por lo español

En 1925, Alfred Morel-Fatio señaló que, desde el siglo XVI, Francia había tratado a España con odio, lo que había dado lugar al «hispanofobismo» (Altamira, 1914) francés, como consecuencia de la posición que ostentó España como gran imperio y potencia hegemónica en Europa. Ese odio por todo lo español se había transmitido a Alemania en pleno siglo XVII y de Alemania al resto de Europa. Asimismo, en el siglo XVII, el «hispanofobismo» llegó a su máximo esplendor. De esta época data gran parte de las acusaciones a España, en las que se proferían graves insultos contra el rey Felipe II y los tercios españoles desplegados en Flandes (Pérez, 1999). Además, fue en este momento cuando se consolidó la «leyenda negra antiespañola» (Pérez, 1999).

Posteriormente, en el siglo XVIII, el siglo de las Luces, los filósofos franceses se dedicaron a difundir una «imagen denigratoria» (Aymes, 2003) de España; país del que decían que era un «fanático, perezoso e ignorante» (Aymes, 2003)⁴⁵. No obstante, con la llegada del siglo XIX, tiene lugar la Guerra de Independencia

⁴³ Washington Irving sería uno de los pioneros en dar a conocer España en América.

⁴⁴ Esta obra, en la que Borrow narra sus aventuras por España, fue todo un éxito. En el mismo año de su publicación se tradujo al ruso, al francés y al alemán (Azaña, 1921).

⁴⁵ Arturo Farinelli, en su nota crítica en la *Revista Crítica de Historia y Literatura Españolas, Portuguesas e Hispano-Americanas*, señala que es en el siglo XVIII cuando se crea en Francia «el tipo fantástico, imaginario del español llorón y sentimental, que suspira noches y días en las rejas de su dama, del español ocioso a la oriental, del español sin filosofía ni letras, que pasa su vida soñando amores y tocando la guitarra, del español tiranizado por los frailes y por la Inquisición, del español galante y tierno con la española celosa y vengativa, tipo convencional, entrado en moda, gracias a Voltaire y a Montesquieu, tan claros, agudos, precisos en la expresión de sus ideas, como ignorantes de todo lo que acontecía y había acontecido en España» (Farinelli, 1897: 8).

española; un acontecimiento político «de enorme trascendencia» que «llamó nuevamente la atención de Europa sobre las cosas de España» (Juderías, 1917: 192) debido a la «resistencia de los españoles y su heroico proceder» (Juderías, 1917: 192) ante las tropas de Napoleón.

De este modo, esa imagen denigratoria de España, a la que se refirió Jean-Réné Aymes, dio paso al estereotipo de la «España *pittoresque* y exótica», considerada desde ese momento como:

Un país atrasado, con un ápice de africanidad, pero singular por su cultura densa y brillante y por el contrario con un «buen pueblo», rudo y primitivo pero heroico y auténtico, sediento de independencia aunque secularmente maltratado por sus gobernantes. (Aymes, 2003: 11)

Comenzaba así la moda por lo español: el gusto por España. En este sentido, ha habido autores, como González Alcantud (1993), que han afirmado que el gusto por España no comenzó en la Guerra de Independencia española. González Alcantud defiende que España siempre había «estado de moda» y que el gusto por lo español nunca había dejado de existir, a pesar de que durante siglos la «leyenda negra antiespañola» que recorría Europa calumniase todo lo español.

Conocemos las consecuencias de ese gusto por lo español: los viajeros románticos vinieron a recorrer esa España pintoresca y exótica, mora y tradicional, en la que buscarían la inspiración que no encontraban en sus países y donde creían que vivirían las aventuras más trepidantes. Sin embargo, ese nuevo gusto por lo español no supondría la desaparición de los estereotipos que se tenían sobre España. Estos pervivirían hasta finales del XIX, momento en el que los regeneracionistas españoles no podían permitir que un estereotipo mermase la conciencia de unidad del pueblo español.

3.3. Francia creadora del estereotipo de la España exótica

Desde la Revolución Francesa de 1789, Francia se ha presentado como la «generadora de los valores contemporáneos ligados a la democracia como sistema político y a la nación como integración de pueblos de orígenes dispares» (González Alcantud, 2006c: 11). No obstante, no debemos olvidar que Francia también ha sido una potencia imperial que ha pretendido que toda la Humanidad asimile su idea de la ciudadanía (González Alcantud, 2006c). Por ello, de lo que no hay duda es de que, históricamente, ha sido una potencia cultural y «un faro para Occidente» (González Alcantud, 2006c). Como potencia cultural, desde sus inicios ha sabido diferenciarse y alejarse del «otro». Por eso se dice que, durante el siglo XIX fue la potencia generadora de exotismos y de estereotipos. Antes de comenzar, por tanto, queremos definir qué es un estereotipo.

Según Ruth Amossy, los estereotipos son figuras, que pueden ser o bien negativas o positivas, y que portan una verdad que, aun siendo parcial, sigue siendo una verdad (González Alcantud, 2006c). De ello podemos deducir que, si bien los autores españoles del regeneracionismo se esforzaron por eliminar los estereotipos «falsos» y «erróneos» que se habían creado de España en el extranjero, algo de verdad existía en esos estereotipos. Quizás no se correspondían con los españoles de la primera mitad del siglo XIX, pero sin duda habían pertenecido a los españoles del pasado; puede incluso que los estereotipos de los españoles de la primera mitad del XIX perteneciesen a los españoles descritos en las novelas picarescas o el Romancero morisco que tanto éxito tuvieron en Francia.

París, como capital del Imperio francés se convirtió en el centro de elaboración de los exotismos y estereotipos. El romanticismo y el orientalismo habían calado en el país, y los principales transmisores de esas corrientes fueron los autores románticos franceses, quienes se reunían en cafés o colaboraban en revistas⁴⁶, a través de las cuales compartían sus conocimientos y contribuían al flujo y la circulación de ideas románticas y orientalistas. Del mismo modo, es necesario añadir que Francia había hecho hincapié en la formación de una conciencia común, de un sentimiento de nación⁴⁷. Los franceses sentían que Francia era su patria, tenían una bandera y un himno que les unía (González Alcantud, 2006c). Puesto que los franceses tenían una serie de características en común, se podría decir que tenían interiorizada una conciencia del «nosotros». Frente a ellos, las demás potencias de Europa constituían el «ellos». A cada una, por tanto, se le asignó una serie de estereotipos que los diferenciaba de ellos mismos, de los franceses⁴⁸.

Al igual que Francia creó el estereotipo español –un estereotipo inamovible desde la época romántica (Hoffmann, 1961)– España hizo lo propio con el francés. No obstante, es interesante observar cómo el estereotipo español, creado por Francia, caló profundamente en Europa, donde fue aceptado, mientras que el

⁴⁶ Una de esas revistas era *L'Artiste*, creada en 1831 «para defender e ilustrar los valores del romanticismo» (Goetz, 2015). Numerosos autores románticos, como Chateaubriand, Balzac, Georges Sand o el mismo Théophile Gautier, colaboraron en esta revista hasta que dejó de publicarse en 1904. La importancia de *L'Artiste* para el estudio del romanticismo fue clave, ya que entre sus páginas no solo se hablaba de la política del momento, también se escribía sobre arte, arquitectura e incluso incluyó las traducciones de los cuentos fantásticos de Hoffmann (Goetz, 2015).

⁴⁷ En su obra, *Le Peuple* (1846), el historiador francés Jules Michelet se refería a Francia no solo como una nación, sino como el «gran principio político»: «*Vous êtes la France; vous n'êtes pas une nation seulement, vous êtes un principe, un grand principe politique. Il faut le défendre à tout prix*» (Michelet, 1846: 65).

⁴⁸ Así definían al «español» en la edición de 1806 del *Dictionnaire portatif de géographie universelle*, escrito por Pierre-Claude-Victor Boiste: «*Les Espagnols sont grands, ont le teint brun, sont orgueilleux, loyaux et humains, paresseux et sobres, patients et spirituels, très-galants, moins jaloux qu'autrefois; les femmes sont d'une taille petite et svelte, ont beaucoup d'esprit et de vivacité: la langue espagnole, dialecte du latin mêlé d'arabe, est sonore, majestueuse et sublime, mais pauvre*» (Boiste, 1806: 327).

estereotipo francés, creado por los españoles, tan solo circuló por el territorio y la cultura española. A ello hay que añadir que el estereotipo español, que Francia como «centro regulador de imágenes colectivas» (Aymes, 2003) había desarrollado, también repercutió en la percepción que los propios españoles, necesitados de espejos ajenos en los que reconocerse quizá más que ninguna otra colectividad europea, habían tenido de sí mismos» (Aymes, 2003: 10). Juan Valera y Rafael Altamira, entre otros, entendieron que, mientras los españoles no se tuviesen en buena estima, no podría existir en España un sentimiento de unidad, una patria, una nación. Si no existía tal nación, pocas posibilidades tenía España de entrar a formar parte del concierto europeo y, sobre todo, de salir del estancamiento en el que se encontraba desde que había perdido su estatus como potencia hegemónica de Europa.

3.4. Prosper Mérimée, Théophile Gautier y su relación con España

Si algo tenían en común Prosper Mérimée (1803-1870) y Théophile Gautier (1811-1872), aparte de ser franceses y viajeros románticos, era su amor por España. Se dice que Mérimée mostró el alma de España, mientras que Gautier detalló las características del paisaje y del arte español «como nunca antes se había hecho» (Morel-Fatio, 1925). En este apartado, por tanto, analizaremos la relación particular que ambos autores tuvieron con España y de qué manera quedó reflejada esa relación en sus obras literarias.

Prosper Mérimée procedía de una familia de artistas⁴⁹, razón por la cual, entre las páginas de sus obras pueden encontrarse algunos bocetos⁵⁰ realizados por él mismo. Estudió Derecho, aunque su interés por la filosofía y la literatura le impulsó a asistir a las tertulias donde se reunían los intelectuales y románticos del momento. Gracias a esas tertulias entró en contacto con autores como Stendhal, Victor Hugo o Alexandre Dumas (Rodríguez Gordillo, 2012).

Mérimée comenzó a mostrar un interés especial por España entre 1823 y 1824, a raíz de la expedición de los Cien Mil Hijos de San Luis para reinstaurar a Fernando VII en el trono español. De este modo, con tan solo veintidós años publicó *Théâtre de Clara Gazul*, una colección de seis obras de teatro⁵¹ que constituyeron su primer trabajo sobre España, a pesar de no haber visitado anteriormente el país⁵². No obstante, sorprendió el conocimiento que tenía sobre la cultura española del momento, por lo que comenzó a ser altamente valorado en los círculos intelectuales y, consecuentemente, su red de contactos aumentó en gran manera. Desde la publicación de *Théâtre de Clara Gazul* en 1825, hasta su primer viaje por España en 1830, Prosper Mérimée

⁴⁹ Su padre era pintor y su madre retratista infantil (Rodríguez Gordillo, 2012).

⁵⁰ Por ejemplo en Carmen aparecen numerosos bocetos de los pasajes de la obra (Rodríguez Gordillo, 2012).

⁵¹ Esas seis obras de teatro fueron: *Les Esganols en Danemark*, *Une femme est un diable*, *L'Amour africain*, *Inès Mendo ou le Préjugé vaincu*, *Inès Mendo ou le Triomphe du préjugé* y *Le Ciel et l'enfer*.

⁵² Si bien la supuesta escritora española Clara Gazul asumía la autoría de *Théâtre de Clara Gazul*, finalmente la revista francesa *Le Globe* reveló tiempo después que el verdadero autor era Prosper Mérimée (Sénat, 2012).

siguió escribiendo obras de temática española. Algunas de ellas fueron *La Famille de Carvajal* (1828), *La Jacquerie* (1828), *La perle de Tolède* (1829) y *Chronique du règne de Charles IX* (1829), entre otras (Rodríguez Gordillo, 2012).

Mérimée realizó siete viajes a España. El primero de ellos comenzó en julio de 1830 y, aunque su intención era permanecer varias semanas, prolongó su estancia durante cinco meses. Además de la fascinación que sentía por España, tal y como se había reflejado en sus obras, también influyó en su viaje la amistad que había iniciado con los marqueses de Teba, padres de la futura emperatriz de Francia, Eugenia de Montijo (Rodríguez Gordillo, 2012)⁵³. No obstante, España no fue el primer viaje que llevó a cabo Prosper Mérimée. Ya en 1826 había visitado Inglaterra. Aunque, en ese momento, las diferencias entre Inglaterra y España eran abismales: Inglaterra era un país industrializado, del que Mérimée conocía su lengua y costumbres desde niño. España, sin embargo, era un país inhóspito y atrasado, con respecto al nivel de Europa, y con un idioma que apenas conocía. A ello se añadían los comentarios de los expatriados españoles que circulaban por París: España era un país peligroso y oscuro debido al Absolutismo en el que se hallaba sumido y donde las penas de prisión o exilio se aplicaban a cualquiera que tuviese un comportamiento liberal (Rodríguez Gordillo, 2012).

Fruto de ese primer viaje, en 1831, Mérimée publicó *Lettres d'Espagne*, una obra que refleja fielmente su hispanofilia (González Alcantud, 2006c). *Lettres d'Espagne* se compone de cuatro cartas, publicadas entre enero de 1831 y diciembre de 1833 por la *Revue de Paris*, en las que Mérimée narra una serie de anécdotas y recuerdos de su estancia en las diferentes regiones españolas. En dichas cartas, el autor refleja su interés por empaparse de la cultura española, razón por la cual acude a las corridas de toros en Madrid, así como a una ejecución pública en Valencia. Fruto de ese interés, *Lettres d'Espagne* muestra la ardua investigación y el profundo conocimiento de Prosper Mérimée sobre las tradiciones o escenas típicas de España. Así, por ejemplo, a lo largo de las cartas, destaca la presencia de extensas narraciones, que parecen extremadamente detalladas para tratarse de un autor extranjero, ajeno a las costumbres españolas.

Una vez de vuelta a Francia, Mérimée ocupó el cargo de Inspector de Monumentos Artísticos, y sus éxitos fueron creciendo tras el matrimonio de Eugenia de Montijo con Napoleón III. Continuó escribiendo obras de temática española, como *Les Âmes du purgatoire* (1834) y *Carmen* (1845); la obra por la que se recordará a Mérimée. No obstante, cabe destacar que, en un principio, *Carmen* tuvo un éxito limitado, pues solo se difundió entre el círculo de intelectuales que frecuentaba Prosper Mérimée. Pasarían treinta años hasta que Georges Bizet crease una ópera en torno a *Carmen* (1875), a raíz de la cual el mito de *Carmen* la cigarrera comenzó a ser

⁵³ A pesar de todo ello, a Mérimée le costó abandonar París, convertida en ese momento en el centro de los enfrentamientos contra Carlos X, en los que participaron sus amigos (Rodríguez Gordillo, 2012).

conocido y traducido a todos los idiomas (Rodríguez Gordillo, 2012). A este respecto, la *Carmen* de Prosper Mérimée es un mito universal que ha sido alabado y criticado a partes iguales. Salvador de Madariaga (1940), por ejemplo, dijo de *Carmen* que era «una figura admirable que debemos al francés que ha penetrado quizá más que otro alguno hasta lo íntimo de las cosas de España» (Sentaurens, 2006: 4). Por otro lado, Jean Sentaurens citó a Francisco Márquez Villanueva (2006), para afirmar que «el mito universal de *Carmen*», que debemos a Mérimée y Bizet, «para nuestra desgracia circula todavía por el mundo, una pura fantasía erótica de los salones parisinos de mediados del XIX» (Sentaurens, 2006: 4). Lo que no se puede negar es que, a raíz de *Carmen*, Mérimée quedará señalado por algunos «como el creador de la falsa imaginaria española y el inventor de la Andalucía de pandereta» (Sentaurens, 2006: 4).

Por otro lado encontramos a Théophile Gautier, que procedía de un ambiente completamente distinto del de Mérimée. Aunque los dos sentían predilección por la pintura, a Mérimée le gustaba la filosofía y la filología. De hecho, Rodríguez Gordillo (2012) afirma que Prosper Mérimée era políglota y, según se contaba en la España de la época, no solo dominaba el español, sino que también era capaz de hablar caló con los gitanos (Rodríguez Gordillo, 2012). Théophile Gautier, por su parte, comenzó demostrando un interés particular por la pintura desde su niñez. En sus años de juventud conoció a Victor Hugo, quien le contagió el amor por las letras y, a través del cual empezó a tener contacto con el círculo de románticos instalado en París y con el mundo periodístico⁵⁴. De esta manera, Gautier se decantó por el periodismo, debido a lo cual comenzó a colaborar en revistas y periódicos de la época⁵⁵, especializándose sobre todo en crítica literaria y artística. Fue, además, el periodismo lo que le empujó a recorrer España, pues pensó publicar sus relatos en *La Presse* a su vuelta a Francia. A esto se añadía, «el descontento y la desilusión de su vida en París, la escasez de medios materiales para desarrollar su actividad artística y su creciente inquietud por conocer otras culturas» (Campos Plaza & Campos Martín, 2001: 199).

Antes de emprender su viaje a España, Gautier únicamente había recorrido Bruselas en 1836, acompañado por Gérard de Nerval. Fruto de esa estancia en Bruselas escribió seis artículos bajo el título *Un Tour en Belgique*. Sin embargo, ese viaje por Bruselas no causó en él el mismo impacto que España. Había leído sobre España en *Les Orientales* de Victor Hugo y *Les Contes d'Espagne et d'Italie* d'Alfred de Musset, lo que le animó a recorrer el territorio español en 1840 durante cinco meses. España, además, le abrió los ojos a la

⁵⁴ Théophile Gautier entró en contacto con Victor Hugo porque este comenzó a vivir cerca de su casa en París. En su *Autobiographie* de 1867, Théophile Gautier narró cómo el contacto con Hugo le hizo descartar la pintura por las letras: «*Le voisinage de l'illustre chef romantique rendit mes relations avec lui et avec l'école naturellement plus fréquentes. Peu à peu je négligeai la peinture et me tournai vers les idées littéraires*» (Gautier, 1867: 4).

⁵⁵ Como él mismo afirmó en su autobiografía, trabajó como periodista en diarios como *La Presse*, *Le Figaro*, *La Caricature*, *Le Musée des Familles*, *La Revue de Paris* y *La Revue des Deux-Mondes*, entre otros (Gautier, 1867).

literatura de viajes del romanticismo y, por consiguiente, al gusto por los viajes⁵⁶. Así lo afirmó él mismo en su *Autobiographie* de 1867:

Je ne puis décrire l'enchantement où me jeta cette poétique et sauvage contrée, rêvée à travers les «Contes d'Espagne et d'Italie» d'Alfred de Musset et les «Orientales» d'Hugo. Je me sentis là sur mon vrai sol et comme dans une patrie retrouvée. Depuis, je n'eus d'autre idée que de ramasser quelque somme et de partir; la passion ou la maladie du voyage s'était développée en moi. (Gautier, 1867: 6).

De vuelta a París, redactó una serie de quince relatos sobre su estancia en España que fue publicando en la *Revue des Deux-Mondes* entre 1842 y 1843. En ese mismo año, Gautier reagrupó esos relatos bajo el título de *Tras los Montes* en 1843 que, en 1845, se convertiría en *Voyage en Espagne*. Es, por tanto, en esta época cuando Théophile Gautier comienza a publicar artículos y obras de temática española. Así, por ejemplo, en 1843 aparecieron el vodevil *Un Voyage en Espagne*, que contaba las desventuras de un joven francés en España; y el artículo *La Tauromachie*, un estudio documentado sobre el toreo. En 1845 Gautier publicó una colección de poesías con el título de *Espagne*, fruto de la inspiración que había supuesto su viaje por España; y, en 1847, la novela *Militona*, que bien podría denominarse la *Carmen* de Théophile Gautier. También de 1847 data *Regardez mais ne touchez pas*, una comedia de capa y espada ambientada en el siglo XVIII español.

Voyage en Espagne contó con el beneplácito del público francés, por lo que acabó convirtiéndose en un éxito. Estaba estructurada en artículos, escritos cada semana del viaje, en los que Gautier combinaba «la explicación turística, la crónica, y el diario del viaje» (Campos Plaza & Campos Martín, 2001), sin embargo se ha criticado el exceso de mitificación en sus narraciones, debido, según observan Nicolás Campos Plaza y Natalia Campos Martín, a que Gautier escribió *Voyage en Espagne* en 1842 en París. Por ello, estos autores afirman que el recuerdo de Granada pudo haber enturbiado las referencias a otros lugares españoles como, por ejemplo, a la zona de La Mancha (Campos Plaza & Campos Martín, 2001).

Gautier se diferencia del resto de los viajeros románticos, pues «saca a la luz la materia que constituye el imaginario del viajero» (Schaub, 2004: 38). Según el mismo autor, Gautier sabía que existía una distancia «entre la España que estaba atravesando y la idea que la literatura y las artes habían forjado de ella» (Schaub, 2004: 38). Debido a esta peculiaridad en su obra, Alfred Morel-Fatio afirmó que todo viajero debía leer *Voyage en Espagne* antes de partir a España y una vez de vuelta a Francia, pues Gautier conseguía maravillar al lector con

⁵⁶ A partir de su viaje a España, comenzó a viajar en 1845 por «*toute l'Afrique française*» (Gautier, 1867: 6), en 1850 recorrió Italia y en 1852 Constantinopla.

su prosa⁵⁷. Otro aspecto importante en la obra de Gautier, así como en la de Mérimée, es el uso de numerosos hispanismos. Si bien en algunas ocasiones Gautier los emplea porque no existía una traducción exacta al francés de ciertos términos españoles, en otros momentos prefiere utilizarlos para «dar más vida y mayor colorido a sus relatos» (Cantera Ortiz de Urbina, 1993).

Por último, otros autores como Wolfzettel (2005), señalaron que Théophile Gautier era un «gran amante de España». Esto se refleja claramente cuando, al final de su viaje, volver a Francia, a su patria, le supone regresar a una «*terre d'exil*»:

Nous étions en France. Vous le dirai-je? En mettant le pied sur le sol de la patrie, je me sentis des larmes aux yeux, non de joie, mais de regret. Les tours vermeilles, les sommets d'argent de la Sierra-Nevada, les lauriers roses du Généralife [...], tout cela me revint si vivement à l'esprit qu'il me semble que cette France [...] était pour moi une terre d'exil. (Gautier, 1845: 770)

3.5. La España de 1800-1850 en *Lettres d'Espagne* y *Voyage en Espagne*

En este apartado analizaremos algunos de los estereotipos españoles más frecuentes a través de *Lettres d'Espagne* y *Voyage en Espagne*. Estos tópicos son la figura del bandolero, la mujer española y su indumentaria, el folclore, y el «obscurantismo» español.

El bandolerismo fue uno de los tópicos más recurrentes en los relatos de viajes durante el romanticismo. La imaginación romántica francesa hizo especial hincapié en la figura del bandolero español; una imagen adquirida por las tropas francesas durante la Guerra de Independencia española. Por ello, no es extraño encontrar en las obras francesas de temática española el personaje del bandolero. De hecho, los mismos autores que mencionamos a lo largo de este trabajo recurrieron a este personaje. Prosper Mérimée, por ejemplo, creó a *don José*, el antagonista de *Carmen*; un soldado de brillante carrera, caído en desgracia y convertido en bandolero a raíz de su pasión enfermiza por la gitana cigarrera. Théophile Gautier, en su vodevil *Un Voyage en Espagne*, satirizó la figura del bandolero. En su obra presentó a *don Benito*, un bandido que, al igual que el *don José* de Mérimée, poseía un pasado caballeresco antes de convertirse en bandolero.

Como decimos, el bandolero español suponía un ideal para los románticos, que ansiaban vivir peligrosas

⁵⁷ «*Son récit, il faut le lire avant d'aller en Espagne [...] et il faut le relire après y être allé, et, après comme avant, on demeure émerveillé, aussi bien [...] de l'intelligence, de l'exactitude et du bon sens du voyageur*» (Morel-Fatio, 1925: 101).

aventuras. Así, Théophile Gautier, en *Voyage en Espagne*, afirmó que había oído «*toutes sortes d'histoires horripilantes sur les factieux et les rateros*» (Gautier, 1845: 281), mientras que Mérimée se lamentaba de haber viajado por Andalucía sin encontrar a un solo bandolero:

Après avoir parcouru pendant plusieurs mois [...] l'Andalousie, cette terre classique des voleurs, sans en rencontrer un seul. J'en suis presque honteux. Je m'étais arrangé pour une attaque de voleurs [...] je regrette d'avoir manqué ces messieurs. (Mérimée, 1989: 55)

En esta misma línea es necesario recordar la idealización del bandolero más conocido de la época, «el Tempranillo», por parte de Prosper Mérimée:

Le prototype du héros de grand chemin, le Robin Hood [...] c'est le fameux Jose Maria, surnommé el Tempranillo, le matinal [...] Beau, brave, courtois autant qu'un voleur peut l'être, tel est Jose Maria. (Mérimée, 1989: 65).

El siguiente estereotipo que encontramos, especialmente en Théophile Gautier, es la búsqueda constante de la «España pintoresca»; una España que le cuesta encontrar y que, a la salida de Valladolid, aún no había visto. «*Comme pittoresque, il n'y a que quelques jupons de femme*» (Gautier, 1845: 136). Esa «España pintoresca» tan buscada finalmente se ofrece a sus ojos al cruzar Despeñaperros: «*On ne saurait rien imaginer de plus pittoresque et de plus grandiose que cette porte de l'Andalousie*» (Gautier, 1845: 397). Despeñaperros supone para Gautier la entrada en la España de la que ha leído en las obras de otros viajeros. Es la puerta a África: «*c'est comme si l'on passait tout à coup de l'Europe à l'Afrique*» (Gautier, 1845: 399). A partir de la entrada en Andalucía, los paisajes serán más pintorescos, la indumentaria más árabe y las mujeres más africanas: «*la jeune fille [...] était fort jolie [...] son teint fauve et sa bouche africaine [...]. Ce type, qui se retrouve fréquemment à Grenade, est évidemment moresque*» (Gautier, 1845: 414). Este último aspecto nos lleva al siguiente tópico: el de la mujer española.

La mujer española, según la literatura romántica era mora y seductora. Esa imagen árabe de la mujer era la que percibían los viajeros románticos de las cigarreras de Sevilla. Podemos entender esa identificación de la mujer española con la mujer árabe a raíz de la corriente orientalista de la época. Los viajeros románticos franceses llegaron a España con la imagen de una mujer mora, seductora, de tez, cabello y ojos oscuros; tan distinta de la mujer francesa del siglo XIX. En este contexto se enmarca la reacción de Théophile Gautier al

conocer a un grupo de mujeres españolas en Burgos; una mujeres, a sus ojos, «*les moins poétiques qu'on puisse voir*». La razón que da Gautier para ese rechazo es que:

L'une de ces filles avait les cheveux d'un roux très-véhément, couleur qui est très-fréquente en Espagne, où il y a beaucoup de blondes et surtout beaucoup de rousses, contre l'idée généralement reçue. (Gautier, 1845: 74)

Asimismo, en su continua búsqueda por la mujer árabe-española, sufre constantes desilusiones: «*Un instant nous crûmes avoir trouvé le vrai type espagnol féminin: grands sourcils noirs arqués, nez mince, ovale allongé, lèvres rouges*» (Gautier, 1845: 109). No obstante, «*un voisin officieux nous apprit que c'était une jeune Française*» (Gautier, 1845: 109). A su llegada a Madrid, el autor comenta: «*ce que nous entendons en France par type espagnol n'existe pas en Espagne, ou du moins je ne l'ai pas rencontré*» (Gautier, 1845: 191).

Con respecto a la indumentaria de la época, Théophile Gautier lamenta que los españoles ya no vistan con «*l'albornoz more des temps de Boabdil*» (Gautier, 1845: 424) y señala que las mujeres madrileñas no deberían vestir como las parisinas, pues el verdadero traje español, «*l'ancien costume est si parfaitement approprié au caractère de beauté, aux proportions et aux habitudes des Espagnoles, qu'il est vraiment le seul possible*» (Gautier, 1845: 189). Prosper Mérimée, sin embargo, habla del «*élégant costume de majo andalous*» (Mérimée, 1899: 6), tan lujoso y magnífico que, a su lado los ropajes de los extranjeros son simples y ordinarios.

En cuanto al folclore español, Prosper Mérimée incide en las corridas de toros, un espectáculo poco entendido para los viajeros románticos de la época, quienes lo consideraban «*un genre de spectacle certainement fort et cruel*» (Mérimée, 1989: 3). El caso de Mérimée es único, ya que se convierte en un auténtico apasionado del toreo. Por otro lado, Mérimée asocia las corridas de toros con el patriotismo español y, sobre todo, con el origen bárbaro de los españoles. Al hacer esta afirmación, señala la respuesta que ofrecen los españoles ante dicho espectáculo, a sus ojos «bárbaro» pero «tan interesante» y emocionante: «*Ensuite, disent-ils, les Romains étaient encore plus barbares que nous*» (Mérimée, 1989 : 3). Gautier, por su parte, incide en la danza española. De este modo apunta: «*on dirait que la seule affaire sérieuse des Espagnols soit le plaisir; ils s'y livrent avec une franchise, un abandon et un entrain admirables*» (Gautier, 1845: 551). Asimismo, en unos de sus pasajes, muestra su sorpresa al ver un «baile nacional» en un municipio de Guipúzcoa; un baile, a su parecer «*lamentable*»; un «*boléro-macabre*» (Gautier, 1845: 65). Gautier esperaba asistir a uno de esos bailes pasionales, a un espectáculo de flamenco de los que tanto había oído hablar, por lo que, desencantado, afirma «*les danses espagnoles n'existent qu'à Paris*» (Gautier, 1845: 65).

Por último, el «obscurantismo» de España también despertó el interés de los viajeros románticos. Prosper Mérimée, por ejemplo, en su segunda carta —esta vez desde Valencia—, describe una ejecución pública, o «*admirable règle du théâtre des marionnettes*»⁵⁸ (Mérimée, 1989 : 31), a la que asiste en 1830. Sorprende al lector que un literato francés de la época quisiera estar presente en una ejecución. Sin embargo, su carácter pasional y romántico le incita a acudir a dicha ejecución. Mérimée se justifica su presencia así: «*En pays étranger on est obligé de tout voir, et l'on craint toujours qu'un moment de paresse ou de dégoût ne vous fasse perdre un trait de moeurs curieux*» (Mérimée, 1989: 32). Théophile Gautier, por su parte, incide en el régimen absolutista que domina España. En una de sus narraciones, describe su sorpresa al encontrar una plaza con la inscripción «Plaza de la Constitución». Acto seguido, Gautier apunta: «*l'on ne saurait choisir un meilleur symbole pour représenter l'état actuel du pays. Une constitution sur l'Espagne, c'est une poignée de plâtre sur du granit*» (Gautier, 1845: 43).

Por tanto, a la luz de estas obras, hay un aspecto que sobresale por encima de todos: la visión homogénea de la realidad española. Con esto queremos decir que los viajeros románticos franceses llegaron a España con una imagen construida, no solo de la cultura o de las tradiciones, sino también de los rasgos étnicos y de la indumentaria de la población española del momento. No obstante, una característica presente tanto en *Lettres d'Espagne* como en *Voyage en Espagne* es la decepción de sus autores al encontrarse con una realidad completamente distinta de la que habían leído u oído hablar en los círculos parisinos. A esto se asocia también la identificación de España únicamente con Andalucía. Es llamativo observar cómo Mérimée y Gautier empiezan sus viajes por el norte de España, donde no encuentran ningún reflejo de la «España pintoresca». No obstante, al llegar a Despeñaperros «Oriente» se abre ante sus ojos y parece que ambos recuperan la ilusión por la España exótica. A partir de ese momento, las mujeres son más árabes, los bailes más exóticos, y las vestimentas y la arquitectura más orientales.

CONCLUSIONES

Este trabajo ha recorrido el imaginario romántico y orientalista de la primera mitad del siglo XIX, que encontró en España el mejor escenario para dar rienda suelta a los sentimientos y la búsqueda de inspiración de los viajeros. Si bien España recibió flujos de viajeros venidos de todas las partes del mundo, este análisis se ha centrado en la visión francesa debido a dos claros motivos. En primer lugar, en este periodo histórico, las relaciones políticas entre ambas potencias se encontraban en sus mínimos. El estallido de la Guerra de Independencia española marcó el inicio de una nueva era: Francia extendería su influencia por Europa y se

⁵⁸ Prosper Mérimée afirma que no encuentra otra forma de referirse a una ejecución: «*je ne vois, dis-je d'autre moyen que de vous parler d'une exécution*» (Mérimée, 1989: 31).

presentaría como una de las potencias más avanzadas política y económicamente, mientras que España volvería al Absolutismo de Fernando VII, caería en la más absoluta decadencia y se encerraría en sí misma, quedando apartada, de este modo, del progreso europeo. De este modo, se abriría una enorme brecha entre Francia y España, por lo que no es extraño que esta última se convirtiese en el «Oriente» de Europa, pues sus características políticas, económicas y sociológicas se diferenciaban en gran medida de las del resto de los países europeos. En segundo lugar y, debido fundamentalmente a la Guerra de Independencia, Francia creó una nueva imagen de España: una España exótica y pintoresca, distinta de la España «inculta» difamada por los filósofos ilustrados en el siglo XVIII.

Esta imagen, vista a través de *Lettres d'Espagne*, de Prosper Mérimée, y *Voyage en Espagne*, de Théophile Gautier, está cargada de tópicos y de estereotipos recurrentes, como la «africanidad» de España, los orígenes moros de los españoles y el gusto excesivo por el folclore, especialmente por las corridas de toros y los bailes. Pero, sobre todo, es una imagen que los viajeros franceses tienen que esforzarse para encontrar en España. De ahí su decepción inicial al ser incapaces de sentir la seducción de los famosos ojos moros de las mujeres españolas, de verse involucrados en las emboscadas de los heroicos bandoleros de Sierra Morena o de perderse en una danza pasional protagonizada por gitanos.

Numerosos autores españoles, como Juan Valera, Rafael Altamira o Julián Juderías, pertenecientes a la corriente regeneracionista de finales del siglo XIX, acusaron a los viajeros franceses de haber transmitido intencionadamente una imagen falsa de España. Según dichos autores, los viajeros románticos franceses querían mantener a España alejada de Europa, debido a la pervivencia de la «leyenda negra antiespañola» que, desde el siglo XVI, venía circulando por Europa. En esos momentos, España necesitaba tener una conciencia de unidad y, sobre todo, de nación para poder incorporarse a Europa y alcanzar el nivel del resto de las potencias del continente.

Hemos podido observar la antítesis de la visión de los españoles en las teorías de ciertos hispanistas franceses, como Ernest Martinenche, Alfred Morel-Fatio o Jean Frédéric Schaub. Estos afirman que los viajeros franceses no fueron conscientes del daño que provocarían a España, pues el espíritu romántico que les inspiraba les hacía narrar sus viajes desde el enfoque más subjetivo. De este modo, consideraban que el exotismo y el pintoresquismo eran dos cualidades únicas de España, lo que le otorgaba un carácter especial como destino de la literatura de viajes.

Frente a estas teorías hay quienes afirman que, aunque España recibió duras críticas a lo largo de los siglos por su pasado imperial, desde siempre ha generado una atracción, ya sea para ser vapuleada o para ser el

escenario de los viajeros románticos. Así lo expresó también González Alcantud, quien afirmó que España y, sobre todo, Andalucía siempre «estuvieron de moda desde que perdimos la centralidad política europea en el Siglo de Oro» (González Alcantud, 1993: 136).

Hemos defendido que España, tras pasar por ciertos periodos de aislamiento o decadencia, ha buscado reincorporarse al escenario internacional para recuperar su prestigio y, sobre todo, para limpiar su imagen. Esa fue la intención de los regeneracionistas de finales del siglo XIX, después de haber vivido una época tumultuosa, oscura y opresiva. Necesitaban cambiar la imagen que Europa tenía de España para poder, así, reincorporarse al progreso europeo. Del mismo, si nos remontamos a mediados del siglo XX encontramos el lema «*Spain is different*» de la década de los sesenta. Con este eslogan se iniciaba la apertura del franquismo y España volvía a la esfera internacional. Había tenido que transcurrir un periodo de aislamiento internacional, auspiciado por la Asamblea General de las Naciones Unidas en 1946 como denuncia del régimen autoritario de Francisco Franco, para que España se incorporase a la Comunidad Internacional. Más tarde, en 1986, destacaría el esfuerzo que puso España, durante la Transición, para incorporarse a la Comunidad Económica Europea. Finalmente, la manifestación más reciente de la intención de España por cambiar su imagen y reincorporarse al nivel internacional la encontramos en el fomento de la Marca España tras la crisis económica del 2008.

En la primera mitad del siglo XIX, el «*vrai type espagnol*», según los círculos románticos parisinos, tenía apariencia «*moresque*», vestía acorde a su aspecto oriental y danzaba con «*un abandon et un entrain admirables*». Precisamente, esos orígenes moros que, durante los siglos de hegemonía española en Europa habían convertido a los españoles en unos «*barbares*», eran admirados ahora por los viajeros románticos franceses. No nos extraña, por tanto que, Théophile Gautier declarase: «*L'Espagne, qui touche à l'Afrique comme Grèce à l'Asie, n'est pas faite pour les mœurs européennes*». Por supuesto que España no estaba hecha para Europa. España no podía formar parte de Europa, sino ¿dónde iban a encontrar la inspiración los viajeros románticos franceses? ¿En una Europa sumida en el progreso y la revolución industrial? Desde luego, solo España podía ponerles en el camino a una *Carmen*.

BIBLIOGRAFÍA

- Albertini, P., & Borne, D. (2012). *La France du XIXe siècle*. París: Hachette Éducation.
- Alburquerque García, L. (2011). Relatos y literatura de viajes en el ámbito hispánico: poética e historia. *Revista de literatura* (73). Recuperado el 3 de junio de <http://revistadeliteratura.revistas.csic.es/index.php/revistadeliteratura/article/viewFile/249/264>
- Altamira, R. (1914). *Historia de España y de la civilización española (Tomo IV)* (3ª ed.). Barcelona: Herederos de Juan Gili; Editorial Biblioteca nueva.
- Altamira, R. (1898). *Psicología del pueblo español* (3ª ed. (1997)). Madrid: Herederos de Rafael Altamira.
- Amossy, R. (1991). *Les idées reçues. Sémiologie du stéréotype*. París: Nathan.
- Artola Gallego, M. (1989). *Los afrancesados*. Madrid: Alianza universidad.
- Aymes, J.R. (2003). *Francia en España, España en Francia. La historia en la relación cultural hispano-francesa (siglos XIX-XX)*. (M. Esteban de Vega, Ed.) España: Ediciones Universidad Salamanca.
- Azaña, M. (1921). Nota preliminar. En G. Borrow, *La Biblia en España*. Madrid. Recuperado el 3 de junio de https://books.google.es/books?id=r5EZA2d8xkcC&printsec=frontcover&hl=es&source=gbs_ge_summar_y_r&cad=0#v=onepage&q&f=false
- Azaña, M. (1971). *Ensayos sobre Valera*. Madrid: Alianza Editorial.
- Baynat Monreal, E. (2007). *La España de Gautier: el rey sol*. Universitat de Lleida.
- BNE. (s.f.). *Libros de viaje y viajeros*. Recuperado el 26 de mayo de 2015, de Biblioteca Nacional Española: <http://www.bne.es/es/Micrositios/Guias/Viajes/Comentadas2/detalleimagen5.html>
- Boiste, P.C.V. (1806). *Dictionnaire portatif de géographie universelle*. París. Recuperado el 3 de junio de <https://books.google.es/books?id=N346AQAIAAJ&pg=PR2&lpg=PR2&dq=Dictionnaire+portatif+de+géographie+universelle&source=bl&ots=hpKXakbeiv&sig=arU2BQYwozChHM9ojZn9CrkcIY&hl=es&sa=X&ei=HuVuVazuCInyUqnagsAG&ved=0CEsQ6AEwCw#v=onepage&q&f=false>
- Borne, D., & Néant, H. (2010). *La politique en France du XIXe à nos jours*. París: Hachette Éducation. Recuperado el 3 de junio de https://books.google.es/books?id=gGO7-ZL_7yMC&pg=PT260&lpg=PT260&dq=La+politique+en+France+du+XIXe+à+nos+jours.&source=bl&ots=IDD4_WwNLe&sig=Qe5MwZsd523ZcViTRv01O_ROVAE&hl=es&sa=X&ei=9ORuVbeTF8m3UaGxgLGJ&ved=0CEgQ6AEwBw#v=onepage&q=La%20politique%20en%20France%20du%20XIXe%20à%20nos%20jours.&f=false
- Campos Plaza, N., & Campos Martín, N. (2001). El universo lúdico de Théophile Gautier en *Voyage en Espagne*: La Mancha. En E. Real, D. Jiménez, D. Pujante, & A. Cortijo (eds.), *Écrire, traduire et représenter la fête*. Valencia: Universitat de Valencia. Recuperado el 3 de junio de http://www.uv.es/~dpujante/PDF/CAP1/B/N_Campos.pdf
- Cantera Ortiz de Urbina, J. (1993). Escritores franceses del siglo XIX, viajeros por España. Color local y

enriquecimiento léxico. *Revista de Filología Francesa* (4). Madrid: Editorial Complutense.

Cantera Ortiz de Urbina, J. (1998). En busca de color local. En T. Gautier, *Voyage en Espagne*. Madrid: Ediciones Cátedra.

Cantera Ortiz de Urbina, J. (2002). *Las cartas de Próspero Mérimée en relación con sus viajes a España*. Universidad Complutense de Madrid. Recuperado el 3 de junio de <http://www.raco.cat/index.php/UllCritic/article/viewFile/207768/285724>

Cerezo Galán, P. (2003). *El mal del siglo. El conflicto entre Ilustración y Romanticismo en la crisis finisecular del siglo XIX*. Madrid: Editoria Biblioteca Nueva.

Chacón Delgado, P.J. (2013). *Historia y nación: Costa y el regeneracionismo en el fin de siglo*. Santander: Editorial de la Universidad de Cantabria. Recuperado el 3 de junio de <https://books.google.es/books?id=Ie-JnV-BA14C&pg=PA56&lpg=PA56&dq=Historia+y+nación:+Costa+y+el+regeneracionismo+en+el+fin+de+siglo&source=bl&ots=4RgLDPAZUp&sig=nX4ISbDkdbJ8UIBoP6u2nnV64HM&hl=es&sa=X&ei=QONuVbv1FovuUp2OgcAK&ved=0CC4Q6AEwAg#v=onepage&q&f=false>

Cornu, J.M. (2006). Edgard Quinet, el Oriente como necesidad. En J.A. González Alcantud (Ed.), *El orientalismo desde el Sur*. Sevilla: Anthropos Editorial.

Cotentin-Rey, G. (1991). *Les grandes étapes de la civilisation française*. París: Bordas.

Domínguez Prats, A.B. (2006). *José Antonio Conde (1766-1820): Autor de Historia de la dominación de los árabes en España (Madrid 1820/21), descubridor de la literatura aljamiada, y primer historiador español moderno que usó fuentes árabes en lengua original en Espacio y tiempo en la percepción de la Antigüedad tardía. Homenaje al profesor Antonino González Blanco, In Maturitate Aetatis Ad Prudentiam*. (E. Conde Guerri, F. González Fernández, A. Egea Vivancos, Ed.) Murcia: Universidad de Murcia. Recuperado el 3 de junio de <https://books.google.es/books?id=nKz6Aov9wYQC&pg=PA883&lpg=PA883&dq=José+Antonio+Conde+%281766-1820%29:+Autor+de+Historia+de+la+dominación+de+los+árabes+en+España+%28Madrid+1820/21%29,+descubridor+de+la+literatura+aljamiada,+y+primer+historiador+español+moderno+que+usó+fuentes+árabes+en+lengua+original+en+Espacio+y+tiempo+en+la+percepción+de+la+Antigüedad+tard%3%ADa.+Homenaje+al+profesor+Antonino+González+Blanco&source=bl&ots=q6VRHRVa48&sig=5Ycfm7GbYZdseNrw1OpXsmFPIg8&hl=es&sa=X&ei=FOJuVcCiLoGhUtG6gfgM&ved=0CCEUQ6AEwAA#v=onepage&q&f=false>

Donézar Díez de Ulzurrun, J., Martínez Lillo, P.A., Neila Hernández, J.L., Martín de Santa Olalla Saludes, P., & Soto Carmona, A. (2008). *Historia de España contemporánea. Siglos XIX y XX*. Madrid: Sílex. Recuperado el 3 de junio de <https://books.google.es/books?id=p9j6MISooS0C&pg=PA7&lpg=PA7&dq=donezar+díez+de+ulzurrun+martínez+lillo&source=bl&ots=AgovBinkR9&sig=1lajJspMHYDG1yetyYSyJ1dyMXg&hl=es&sa=X&ei=zufuVZ6uCYT9UI75gNAL&ved=0CEUQ6AEwBg#v=onepage&q&f=false>

Espinosa de los Monteros, C. (2012). La Marca España: una empresa de todos. *En Escuela Diplomática, Retos de nuestra acción exterior: Diplomacia Pública y Marca España*. Escuela Diplomática. Recuperado el 3 de junio de http://www.exteriores.gob.es/Portal/es/Ministerio/EscuelaDiplomatica/Documents/COLECCION%20ESCUELA%20DIPLOMATICA_NUM%2018.pdf

- Farinelli, A. (1897). Nota crítica: Études sur l'Espagne par Alfred Morel-Fatio. *Revista Crítica de Historia y Literatura Españolas, Portuguesas e Hispano-Americana (1)*. Recuperado el 3 de junio de <http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0012231561&search=&lang=fr>
- Ferreux, J. (2006). Un diccionario de orientalistas, ¿es un imposible? En J.A. González Alcantud (Ed.), *El orientalismo desde el Sur*. Sevilla: Anthropos Editorial.
- Ferro, M. (2001). *Histoire de France*. París: Éditions Odile Jacob.
- Freire, A.M. (2012). España y la literatura de viajes en el siglo XIX. *Anales (24)*, 67-82. Recuperado el 3 de junio de http://rua.ua.es/dspace/bitstream/10045/25620/1/ALE_24_04.pdf
- Fusi, J.P. (2012). *Historia mínima de España*. Madrid: Turner Publicaciones S.L.
- Fusi, J.P. (1997). Nota biográfica. En R. Altamira, *Psicología del pueblo español*. Madrid: Herederos de Rafael Altamira.
- García Jurado, F. (2014). *Tradición Clásica y Orientalismo: Gilbert Highet desde Edward Said, Edward Said desde Gilbert Higher. Primer Simposio Internacional sobre Tradición Clásica*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Recuperado el 3 de junio de <http://eprints.ucm.es/25678/1/highet%20y%20said%20tradicion%20clasica%20y%20orientalismo.pdf>
- Gautier, T. (1867). *Autobiographie*. Recuperado el 16 de junio de 2015 de <http://www.miscellanees.com/g/gautie01.htm>
- Gautier, T. (1845). *Voyage en Espagne*. París: Charpentier, Libraire-Éditeur. Recuperado el 3 de junio de <http://www.gutenberg.org/files/33157/33157-h/33157-h.htm>
- Goetz, A. (2015). L'Artiste, revue d'art. En *Encyclopædia Universalis*. Recuperado el 28 de mayo de 2015. <http://www.universalis.fr/encyclopedie/l-artiste-revue-d-art/>
- González Alcantud, J.A. (1993). *La extraña seducción. Variaciones sobre el imaginario exótico de Occidente*. Granada: Universidad de Granada.
- González Alcantud, J.A. (2002). *Lo moro: las lógicas de la derrota y la formación del estereotipo islámico*. Barcelona: Anthropos Editorial. Recuperado el 3 de junio de https://books.google.es/books?id=2bN2i3LjVVIC&printsec=frontcover&hl=es&source=gbs_ge_summary_r&cad=0#v=onepage&q&f=false
- González Alcantud, J.A. (2006). El canon andaluz y las fronteras imaginarias, En J.A. González Alcantud (Ed.), *El orientalismo desde el Sur*. Sevilla: Anthropos Editorial.
- González Alcantud, J.A. (2006). El orientalismo: génesis topográfica y discurso crítico. En J.A. González Alcantud (Ed.), *El orientalismo desde el Sur*. Sevilla: Anthropos Editorial.
- González Alcantud, J.A. (2006). *La fábrica de los estereotipos. Francia, nosotros y la europeidad*. Madrid: Abada Editores.
- Hoffmann, L.F. (1961). *Romantique Espagne. L'image de l'Espagne en France entre 1800 et 1850*. Nueva Jersey: Princeton University. París: Presses universitaires de France. Recuperado el 3 de junio de

http://classiques.uqac.ca/contemporains/hoffmann_leon_francois/romantique_espagne/romantique_espagne.pdf

- Juderías, J. (1917). *La leyenda negra: estudios acerca del concepto de España en el extranjero (4ª edición ed.)*. Barcelona: Araluce.
- Jourda, P. (1938). *L'exotisme dans la littérature française depuis Chateaubriand (Tomo I: Le Romantisme)*. París. Recuperado el 3 de junio de <https://books.google.es/books?id=VGng4v591mwC&pg=PA1&lpg=PA1&dq=L%27exotisme+dans+la+littérature+française+depuis+Chateaubriand&source=bl&ots=XxavhW4Up9&sig=CoyR-Accg4TOjhRDVHr8BkDtf2c&hl=es&sa=X&ei=-d1uVe7VCIGAU8ThgdAM&ved=0CFUQ6AEwCA#v=onepage&q&f=false>
- Laserre, P. (1907). *Le romantisme français: essai sur la révolution dans les sentiments et dans les idées au XIXe siècle*. París: Société du Mercure de France. Recuperado el 24 de marzo de 2015, de Gallica-Bibliothèque Nationale de France: <http://visualiseur.bnf.fr/CadresFenetre?O=NUMM-96353&M=tdm>
- Lavalette, R. (1957). *Historia de la Literatura Universal (1ª ed.)* (M. Tamayo, Trad.). Barcelona: Ediciones Destino.
- Leclant, J. (2004). *Bonaparte, Napoléon, l'Égypte et l'Orient*. Obtenido de Archives de France: <http://www.archivesdefrance.culture.gouv.fr/action-culturelle/celebrations-nationales/recueil-2004/1804-l-empire/bonaparte-napoleon-l-egypte-et-l-orient>
- López García, B. (1990). *Arabismo y Orientalismo en España: radiografía y diagnóstico de un gremio escaso y apartadizo*. (V. M. Lezcano, Coord.) *Africanismo y Orientalismo en España (1860-1930)* en *Awraq*, XI, 35-69. Recuperado el 3 de junio de https://www.uam.es/otroscentros/TEIM/archivos/documentos/blg_awraq_xi.pdf
- Lucena Giraldo, M. & Pimentel, J. (2006). *Diez estudios sobre literatura de viajes*. Madrid: CSIC. Recuperado el 3 de junio de https://books.google.es/books?id=bk6d3La8A0oC&printsec=frontcover&hl=es&source=gbs_ge_summary_r&cad=0#v=onepage&q&f=false
- Mariás, J. (1963). La España posible en tiempos de Carlos III. En N. Campos Plaza, & N. Campos Martín, (2001). *El universo lúdico de Théophile Gautier en Voyage en Espagne: La Mancha*. En E. Real, D. Jiménez, D. Pujante, & A. Cortijo (eds.), *Écrire, traduire et représenter la fête*. Valencia: Universitat de Valencia.
- Márquez Villanueva, F. (2006). Prólogo. En J.A. González Alcantud, *La fábrica de los estereotipos. Francia, nosotros y la europeidad*. Madrid: Abada Editores.
- Martinenche, E. (1922). *Histoire de l'influence espagnole sur la littérature française. L'Espagne et le Romantisme Français*. (L. Hachette, Ed.) Recuperado el 21 de octubre de 2014, de University of Toronto - John M. Kelly Library: <https://archive.org/details/histoiredelinfl00mart>
- Menéndez Pidal, G. (1988) *La España del siglo XIX vista por sus contemporáneos (Tomo I)*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.

- Menéndez Pidal, G. (1989) *La España del siglo XIX vista por sus contemporáneos (Tomo II)*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.
- Mérimée, P. (1873). *Lettres à une inconnue (Tomo II)*. París.
- Mérimée, P. (1989). *Lettres d'Espagne. Présentation de Gérard Chalian*. París: Editions Complexe. Recuperado el 3 de junio de https://books.google.es/books?id=uZ1auHktBoMC&printsec=frontcover&hl=es&source=gbs_ge_summary_r&cad=0#v=onepage&q&f=false
- Mérimée, P. (1988). *Viajes a España* (G. Ramos González, Ed.). Madrid: Aguilar.
- Michelet, J. (1846). *Le Peuple*. París: Hachette. Recuperado el 3 de junio de <http://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k6118289n>
- Morales Lezcano, V. (2006). Orientalismo marroquista vs. Africanismo español (1859-1860 en adelante). En J.A. González Alcantud (Ed.), *El orientalismo desde el Sur*. Sevilla: Anthropos Editorial.
- Moreau de Jonnés, A. (1834). *Statistique de l'Espagne*. París. Recuperado el 3 de junio de <http://babel.hathitrust.org/cgi/pt?id=ucm.5320572558;view=1up;seq=9>
- Morel-Fatio, A. (1925). *Études sur l'Espagne*. Recuperado el 24 de octubre de 2014, de American libraries: <https://archive.org/details/tudessurlespagn00moregoog>
- Navas-Ruiz, R. (1970). *El Romanticismo español. Historia y crítica*. Madrid: Ediciones Anaya.
- Niño Rodríguez, A. (1988). *Cultura y diplomacia: los hispanistas franceses y España de 1875 a 1931*. Madrid: CSIC. Recuperado el 3 de junio de https://books.google.es/books?id=ZL3el3NvRE4C&printsec=frontcover&hl=es&source=gbs_ge_summary_r&cad=0#v=onepage&q&f=false
- Ozward, T. (2005). Croquis, esquisses et clichés: «Les Lettres d'Espagne» de Mérimée. *Anales de Filología Francesa (14)*. Recuperado el 3 de junio de <http://revistas.um.es/analesff/article/view/20581/19921>
- Pérez, J. (1999). *Historia de España*. (J. Vivanco, M. Mirabet y M.C. Doñate, Trad.) Barcelona: CRÍTICA.
- Pérez, J. (2009). *La leyenda negra*. (C. Manzano, Trad.). Madrid: Gadir Editorial.
- Ramos González, G. (1982). *El género fantástico y España en Prosper Mérimée*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- Rodríguez Gordillo, J.M. (2012). *Carmen*. Madrid: Fundación José Manuel Lara.
- Said, E.W. (2002). *Orientalismo*. (M.L. Fuentes, Trad.). Barcelona: Editorial Debate.
- Santos Rovira, J.M., & Encinas Arquero, P. (2009). *Breve aproximación al concepto de literatura de viajes como género literario*. Revista electrónica de Estudios. Recuperado el 3 de junio de <http://www.tonosdigital.es/ojs/index.php/tonos/article/viewFile/317/228>
- Saz, I. (1998). *España: la mirada del otro*. Madrid: Marcial Pons. Recuperado el 3 de junio de http://www.ahistcon.org/PDF/numeros/ayer31_EspanaLaMiradaOtro_Sanz.pdf

- Schaub, J.F. (2004). *La Francia española. Las raíces hispanas del absolutismo francés*. (A. Martorell, Trad.) Madrid: Marcial Pons, Ediciones de Historia, S.A.
- Seco de Lucena, L. (1963). *Orígenes del Orientalismo literario*. Santander: Publicaciones de la Universidad Menéndez Pelayo.
- Sénat. (2015). *L'Oeuvre de Mérimée*. Recuperado el 28 de mayo de 2015, de Sénat. <http://www.senat.fr/evenement/archives/D33/ecriv.html>
- Sentaurens, J. (2006). La España de Mérimée les sienta demasiado bien a los españoles. El fabuloso destino del «cuentecillo gracioso» de la Señora de Montijo. En M. Bruña & al. (eds.), *La cultura del otro: español en Francia, francés en España*. Sevilla: APFUESH – Depto. de Filología Francesa de la Universidad de Sevilla. Recuperado el 3 de junio de 2015 de <http://www.culturadelotro.us.es/actasehfi/pdf/csentaurens.pdf>
- Serrano, M. (1993). Viajes y viajeros por la España del siglo XIX. *Cuadernos críticos de geografía humana* (98). Recuperado el 3 de junio de 2015 de <http://www.ub.edu/geocrit/geo98.htm>
- Serrano Mañes, M. (2005). L'Andalousie du XIX siècle sous les regards des voyageurs. *Cuadernos de Investigación Filológica*, 31-32 (2005-2006), 121-134.
- Soto Roland, F. (2005). *Viajeros ilustrados. El Grand Tour, el siglo XVIII y el mundo catalogado*. En http://www.edhistorica.com/pdfs/VIAJEROS_Ilustrados_y_Romanticos_siglo_XVIII_XIX_.pdf
- Témime, E., Broder, A., & Chastagnaret, G. (1982). *Historia de la España contemporánea. Desde 1808 hasta nuestros días*. (A. Carreras, Trad.). Barcelona: Editorial Ariel.
- Todorov, T. (1989). *Nous et les autres. La réflexion française sur la diversité humaine*. París: Éditions du Seuil.
- Valera, J. (1868). Sobre el concepto que hoy se forma en España. En *Obras completas (Tomo XXXVII)* (1913). Madrid: Imprenta Alemana.
- Voltaire. (1827). *Ensayo sobre las costumbres (Vol. I)*. (D.J.J., Trad.) París: Librería Americana. Recuperado el 3 de junio de 2015 de https://books.google.es/books?id=IEpxe--1-UcC&printsec=frontcover&hl=es&source=gbs_ge_summary_r&cad=0#v=onepage&q&f=false
- Weisz, G. (2007). *Tinta del exotismo. Literatura de la otredad*. México: Fondo de Cultura Económica (FCE).
- Wittkower, R. (1991). *L'Orient fabuleux*. París: Thames & Hudson.
- Wolfzettel, F. (2005). Relato de viaje y estructura mítica. En L. Romero Tobar, & P. Almarcegui (Coords.), *Los libros de viaje: realidad vivida y género literario*. Madrid: Ediciones Akal; Universidad Internacional de Andalucía. Recuperado el 3 de junio de 2015 de https://books.google.es/books?id=g_7evWUIWZEC&pg=PA10&lpg=PA10&dq=Relato+de+viaje+y+estructura+m%C3%ADtica+wolfzettel&source=bl&ots=WBaQZFXy8E&sig=SqcD7Q-tSWqIcwmT64rduHRajJA&hl=es&sa=X&ei=xtZuVd-vGIXxUJTHgfgB&ved=0CCEQ6AEwAA#v=onepage&q&f=false
- Yee, J. (2000). *Clichés de la femme exotique; un regard sur la littérature coloniale française entre 1871 et*

1914. Paris: L'Harmattan.